



Ficciones
climáticas
2226

Ivonne Yáñez
Nicolás Cuvi
Coordinadores



Ficciones climáticas 2226

Ivonne Yáñez
Nicolás Cuvi
Coordinadores



Ficciones climáticas 2226

© Acción Ecológica

Derechos de autor:

De cada cuento su autor/a: Isabel Buenaño, Luisa Carrera Izurieta, María Belén Cevallos Enríquez, Nicolás Cuvi, Tania I. González-Rivadeneira, Luis Marcillo, José Mena García, Catherine Olmedo Guerrero, Gabriel Redín Puebla, Viviana Yáñez Gómez

Coordinación:

Ivonne Yáñez y Nicolás Cuvi

Edición de textos:

Gabriela Alemán

Corrección de textos:

Paulina Rodríguez

Ilustración digital de la portada:

«mishki neo-warmi»

Alex Rogel -@apxel

Diseño y diagramación:

Manthra Comunicación info@manthra.ec

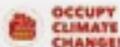
Impresión: El Chasqui Ediciones

Tiraje: 300 ejemplares

Impreso en Quito, Ecuador, julio de 2025

ISBN: 978-9942-7430-0-8

Con el apoyo de:





Dedicamos este libro a moradores del barrio Bellavista que construyen parques asilvestrados para la niñez y a la comuna de Llano Grande, por su tenacidad para defender su barrio ante la contaminación.



Índice

Prólogo: ¡Ocuparlo todo! (*Occupy everything!*) 7

Introducción: La ficción climática
y el poder de la imaginación 13

Muyu 25
Isabel Buenaño

Renacer en la Mitad del Mundo 39
Viviana Yáñez Gómez

**Intipunk: una visión solarpunk inspirada
en la cosmovisión andina** 49
José Mena García

El Cándido del siglo XXIII 57
Catherine Olmedo Guerrero

¿Y mañana qué? 65
Luis Marcillo

Futuros ancestrales 79
Luisa Carrera Izurieta

Ciudades de mujeres libres 99
Nicolás Cuvi

El Pupo y los secretos del oro que no brilla 117
María Belén Cevallos Enríquez

Vicuñas, humanos y el Taita Chimborazo 125
Tania I. González-Rivadeneira

Galápagos 2222: la tortuga y el mar 131
Gabriel Redín Puebla

Lista de colaboradores y colaboradoras 149





Prólogo

¡Ocuparlo todo! (*Occupy everything!*)

Seamos sinceros: el cambio climático está casi pasado de moda. Actualmente el mundo enfrenta crisis dramáticas —una guerra en Europa, la masacre de civiles en Gaza— por no mencionar muchos otros conflictos que simplemente decidimos ignorar. La democracia parece ser un recuerdo lejano, aplastada por regímenes autoritarios, desinformación orquestada y, con frecuencia, nuevas formas de fascismo. Ante un panorama tan sombrío, podríamos sentirnos tentados a creer que la preocupación por el clima o el medioambiente son asuntos que no podemos permitirnos. Pero eso sería un terrible error.





La realidad es que todas las crisis están interconectadas. Suponer que es posible preocuparse por el medioambiente ignorando el complejo industrial-militar, el colonialismo, el racismo, el patriarcado y la opresión de clase, sería erróneo. El ambiente no es un ámbito separado en el que se producen aislados «problemas ambientales», porque los problemas siempre son socioecológicos. La frase «El ecologismo sin lucha de clases es solo jardinería» suele atribuirse a Chico Mendes, ecologista y líder sindical brasileño asesinado en 1988. Probablemente sea apócrifa, pero captura la esencia de un tipo diferente de ecologismo, que fusiona la lucha por la justicia social y ecológica. Independientemente de si Mendes dijo o no esas palabras, resuenan profundamente con su vida y legado.

Por supuesto, podemos ser más generosos con la jardinería. Es evidente que la frase no se refiere a la practicada en los espacios comunitarios donde se lucha con uñas y dientes contra la gentrificación —o lo que podría llamarse la última ola de «progreso» urbano—, sino que alude al jardín aislado de una residencia de clase alta, protegido por vallas y vigilancia. Cuando se convierte en un acto comunitario que desafía el encierro e individualismo, la jardinería también forma parte de la resistencia socioecológica.

Occupy Climate Change! es un proyecto de investigación-acción inspirado en esta agenda política e intelectual. Lo diseñamos como un desafío ante la despolitización de





la crisis climática. Afirmamos, alto y claro, que el cambio climático es, ante todo, una cuestión política, que no puede resolverse con soluciones tecnológicas, sino que exige una revolución. Catherine Olmedo Guerrero, autora que aparece en este libro, comparte esta opinión en su aguda revisión de *Cándido*, que satiriza la fe ciega en la tecnología.

Occupy Climate Change! también cuestiona las escalas dominantes a través de las cuales se suele abordar la crisis climática. Por lo general, el tema se enmarca como algo para conferencias internacionales como las Conferencias de las Partes (COP), o aludiendo a la responsabilidad de las decisiones individuales (qué compramos, comemos o conducimos). Si bien ambas escalas son importantes —necesitamos acuerdos internacionales y transformaciones individuales—, Occupy Climate Change! reivindica la centralidad de la acción colectiva y de la experimentación radical de base.

Ese ha sido el objetivo del *Atlas of the Other Worlds* (*Atlas de los otros mundos*): cartografiar los esfuerzos populares de las comunidades que abordan activamente el cambio climático, utilizando los recursos disponibles para ellas. Puede tratarse de una organización de base en Ecuador que lucha contra el desperdicio de alimentos y el hambre, o de un colectivo ciclista que empodera a las mujeres, casos ilustrados en el *Atlas* por Jaqueline Anahis Trávez Osorio y Erika Tinajero, respectivamente. El acto de





cartografiar es, en sí mismo, transformador: invita a las personas a mirar a su alrededor y tomar conciencia de las prefiguradas políticas que están ocurriendo en su entorno.

En este sentido, Occupy Climate Change! ha forjado, además, una estrecha conexión entre investigación y educación. Cuando el financiamiento del proyecto terminó en 2022, decidimos continuar con el experimento pedagógico y coorganizamos anualmente, junto con diversas organizaciones, las OCC! Schools. En estas escuelas han participado unos 100 estudiantes de todo el mundo, atraídos por un programa de formación interdisciplinario que combina las humanidades con los estudios climáticos. De este modo, el *Atlas of the Other Worlds* se ha convertido en una herramienta pedagógica diseñada para ayudar a estudiantes a reconocer «semillas de la resistencia» en sus comunidades. La cartografía es un método de investigación y una forma de resistencia contra la invisibilización de las innovaciones sociales de base. Los otros mundos están aquí, desplegándose ante nuestros ojos en el *Atlas*. Contra la individualización, la ansiedad climática y las soluciones basadas en el mercado, en el *Atlas* se afirma el poder de la acción colectiva.

Al tiempo que contrarresta el borrado de las iniciativas de base y la política prefigurativa, Occupy Climate Change! propone un enfoque imaginativo para la crisis climática. El *Atlas* contiene también un archivo, en constante





crecimiento, de futuros posibles, presentados a través de relatos breves de ficción climática escritos principalmente por estudiantes de las OCC! Schools. Hasta ahora recopila casi 60 historias que imaginan el futuro de urbes que abarcan desde Ciudad del Cabo hasta Quito, desde Roma hasta Calcuta. Nuestra imaginación colectiva está muy limitada por las narrativas dominantes, dejando poco espacio para los sueños radicales. Muchas personas han señalado que es más fácil imaginar el apocalipsis que la revolución; nuestro proyecto reconoce este dilema y se esfuerza por abrir nuevas visiones de futuro.

Numerosos relatos en el *Atlas* son distópicos y transcurren en un mundo transformado por un apocalipsis. Algo similar ocurre con las historias recopiladas en este libro, aunque el apocalipsis no suele presentarse como un final, sino como un punto de inflexión, catalizador de una transformación largamente esperada. Puede que incluso haya un trasfondo religioso: hay que soportar la condena antes de alcanzar la redención.

Llama la atención la frecuencia con la que estas travesías imaginativas se entrelazan con el pasado. La memoria es un motivo recurrente: a veces toma la forma de un antepasado con quien el protagonista siente una profunda conexión (Luisa Carrera-Izurieta); otras veces se materializa en objetos como un diario, un montón de cartas antiguas o un espacio concreto (Viviana Yáñez Gómez). Imaginar el futuro



es, invariablemente, entablar un diálogo con el pasado. La imaginación, de ese modo, no es apenas un producto de la creatividad individual, sino un acto de cuidado de nuestra memoria colectiva. Y como nos recuerdan las humanidades ambientales, la memoria no solo es humana, sino también más-que-humana (María Belén Cevallos Enríquez). En el entrelazamiento de especies e historias aprendemos a cultivar el arte de observar e imaginar futuros nuevos, justos y habitables.

Marco Armiero

Instituto de Historia de la Ciencia de la Universidad Autónoma de Barcelona (IHC-UAB) e Institución Catalana de Investigación y Estudios Avanzados (ICREA) de Barcelona

Anja Moum Rieser

Laboratorio de Humanidades Ambientales del Real Instituto de Tecnología (KTH, Suecia)

Rob Gioielli

Laboratorio de Humanidades Ambientales del Real Instituto de Tecnología (KTH, Suecia)



Introducción

La ficción climática y el poder de la imaginación

Diez historias de ficción climática, clima ficción o *cli-fi* (del inglés *climate fiction*), componen este libro. Dicho género literario alude al cambio climático para desencadenar narraciones sobre el presente y el futuro, que en ocasiones se despliegan en forma de fantasías distópicas, asociadas con colapsos civilizatorios por la contaminación, subida del nivel del mar, deshielos, extinciones, pero también toman la forma de ensueños utópicos, sobre restauraciones y regeneraciones, que señalan el potencial de la creatividad y voluntad humana para construir un futuro pacífico en nuestra relación con los no humanos.





El libro es el tercer volumen de la serie «El Ecuador que pudo ser», iniciativa de Acción Ecológica y del Instituto de Estudios Ecológicos del Tercer Mundo. Los primeros dos volúmenes se enfocaron en explorar la idea de cómo habría sido la Amazonía si no se hubiese encontrado petróleo. La serie nació en 2020 inspirada en la histórica defensa de la región amazónica, en homenaje a quienes luchan por sus derechos y los de la naturaleza ante los impactos de la explotación petrolera, locales y globales, como el cambio climático. El primer volumen de la serie fue el resultado de un concurso de cuentos; en el segundo libro se recogieron abordajes académicos, construidos en el encuentro del ensayo y la ucronía; y este tercer libro se fija en el Ecuador *que podría ser*. Siete historias imaginan la ciudad de Quito en el año 2226, dentro de dos siglos, mientras que otras tres nos llevan a los futuros Carchi, volcán Chimborazo y una isla galapagueña.

Las diez ficciones climáticas fueron escritas por alumnos de FLACSO Ecuador y un docente, en el marco de Occupy Climate Change! (Ocupar el Cambio Climático!), proyecto enfocado en explorar las experiencias de organizaciones de base, diversas, dinámicas y autoorganizadas, ante las pérdidas y daños causados por el cambio climático. Una premisa es que estas acciones no han sido abordadas en la política climática, sobre todo en escalas locales y pensadas en la reparación integral de los pueblos y los territorios.

El proyecto OCC! inició en 2018 con Marco Armiero como principal investigador. Él era por entonces director del





Laboratorio de Humanidades Ambientales del Real Instituto de Tecnología de Suecia (KTH por sus siglas en sueco). Contó con apoyo financiero y decenas de personas voluntarias, en distintas partes del mundo. Una principal actividad fue el *Atlas of the Other Worlds*, coordinado por Anja Moum Rieser del KTH, y lanzado en 2022. Dicho *Atlas* recoge tres tipos de entradas: iniciativas de grupos de base para adaptarse al cambio climático; iniciativas desde gobiernos locales con el mismo fin; y ficciones climáticas como las presentadas aquí (ver el *Atlas* en <https://occupyclimatechange.net/>).

Cuando OCC! se volvió global en 2020, Nicolás Cuvi se incorporó desde Ecuador e invitó a estudiantes de FLACSO para abordar las reflexiones planteadas. Nos atrapó la idea de observar y registrar alternativas existentes y posibles en contextos urbanos, preguntarnos por las pérdidas y daños, y lo que se está haciendo ante ellas. Fue así como, pandemia de covid de por medio, superando las dificultades logísticas y metodológicas que implicaba, investigamos comunidades expuestas y vulnerables a experimentar pérdidas y daños, pero al mismo tiempo creativas y resilientes. Pudimos construir panoramas más complejos y alentadores sobre las formas de adaptación.

Entre 2020 y 2022, estudiantes de las maestrías en Estudios Urbanos y Estudios Socioambientales escribieron fichas e historias creativas. Katia Barros, Pamela Chávez, Grace López, Gabriel Redín Puebla y Kyra Torres investigaron iniciativas locales en Cuenca, Ibarra, Lago





Agrio, Portoviejo y Quito, que fueron incorporadas al *Atlas*. Luego, en 2024 realizamos la Escuela OCC! Ecuador. Este curso interdisciplinario estuvo inicialmente dirigido a investigadores en fases iniciales de sus carreras, pero acudieron más actores: profesores universitarios, funcionarios de gobiernos nacionales y subnacionales, estudiantes de pregrado, miembros de movimientos sociales.

Para la Escuela se integraron como coordinadores y docentes Ivonne Yáñez del Instituto de Estudios Ecologistas del Tercer Mundo (IEETM) y cofundadora de Acción Ecológica, y Ricardo Buitrón de Acción Ecológica y el Cabildo Cívico de Quito.

Acción Ecológica es una organización que nació en 1986, mientras que el IEETM fue fundado en 1996. Ambas son pioneras en la defensa de la Amazonía, en procesos de formación e investigación en temas ambientales desde la ecología política, y en plantear como solución al calentamiento global el dejar los hidrocarburos en el subsuelo. Esta propuesta se concretó al aprobar, mediante consulta popular de 2023, la no explotación de una zona del Parque Nacional Yasuní, en Ecuador. Ambas instituciones propugnan que el calentamiento global debe abordarse desde la ecología política, los movimientos sociales, la ciencia, la academia, para develar estructuras de poder que sustentan y alimentan las injusticias socioambientales. En América Latina, esa ecología política se nutre de movimientos sociales y estrategias de defensa territorial, abriendo posibilidades para contribuir desde





los territorios. Esto incluye abordar las causas y falsas soluciones alrededor del cambio climático, creadas para evitar cambios en las formas de producir y consumir, principalmente en el Norte global y las élites del Sur.

El Cabildo Cívico de Quito está conformado por 70 organizaciones de la sociedad civil y ciudadanos/as que, de manera activa, realizan propuestas, consultas y control social para construir una agenda para la ciudad de Quito.

La Escuela OCC! Ecuador contó con más de 30 inscritos, siete conferencias de especialistas, dos talleres y una salida de campo. Las conferencias fueron dadas en este orden: Nicolás Cuvi sobre metabolismo urbano; Ramiro Ávila Santamaría de la Universidad Andina Simón Bolívar sobre derechos de la naturaleza, ciudad y cambio climático; María Fernanda Soliz de la Universidad Andina Simón Bolívar sobre ecología político popular de la basura; Ivonne Yáñez sobre justicia climática desde la ecología política latinoamericana; Ricardo Buitrón sobre uso de suelo en el Distrito Metropolitano y especulación inmobiliaria; Andrea Encalada de la Universidad San Francisco de Quito sobre la conectividad de las cuencas en entornos urbanos, y Diana Murcia, consultora independiente, sobre derecho internacional, derechos humanos y cambio climático.

La escritora Gabriela Alemán dio un taller de escritura creativa, y Alexandra Martínez, consultora independiente, impartió otro taller sobre metodologías para identificar procesos de adaptación al cambio climático en ciudades.



La salida de campo nos llevó a un parque regenerativo en el barrio Bellavista, y a Llano Grande para conocer un conflicto generado por la instalación de una incineradora de desechos peligrosos en una zona residencial y agrícola.

Siete estudiantes presentaron historias creativas que fueron incluidas en el *Atlas of the Other Worlds* y en esta publicación, junto con tres historias desarrolladas antes. Además, Erika Tinajero y Jaqueline Anahis Trávez Osorio escribieron fichas sobre iniciativas de base.

Las diez historias de clima ficción reflejan, en su conjunto, un mosaico de formas de interpretar y encarnar las crisis socioambientales, e imaginar posibilidades ante ellas. Aparecen topos recurrentes como la tecnología, desde miradas optimistas, críticas y hasta tecnofóbicas. Está muy presente el poder de la sabiduría ancestral andina, el potencial redentor de la larga duración del conocimiento y de formas de relacionamiento tradicionales entre humanos y con la naturaleza. La memoria biocultural es un elemento que invoca sabiduría, enlazando pasado, presente y futuro. Las historias aportan a la amplia reflexión que viene siendo tejida desde las humanidades ambientales y desde varias epistemologías socioambientales, y traen inspiraciones alejadas de las más comunes y predominantes narrativas de declinación y desazón.

Hay continuidades con otros libros de la serie. Por ejemplo, en *Cuentos para soñar con un Ecuador pospetrolero*,





varios textos proyectan esperanza y posibilidades, un espíritu que comparten con varias ficciones de este libro que abordan con ilusión un futuro en el que, ante hecatombes climáticas, se sale adelante con tenacidad, sueños, amor, sabiduría, poder de los animales, semillas, tecnologías, derechos e igualdad.

Estos cuentos para soñar un futuro Ecuador son:

Isabel Buenaño presenta MUYU, palabra traducida del quichua como semilla. Ella reflexiona sobre el concepto de tiempo, sobre morir para renacer y sobre el invento llamado ciudad al que se aferran arquitectos y urbanistas como una artificialidad temporal. Piensa en utopías futuristas con esperanza, en nuevos mundos que surgirán y semillas que germinarán.

En Quito del año 2200 también transcurre RENACER EN LA MITAD DEL MUNDO de Viviana Yáñez Gómez. Isabela relata la transformación de la ciudad en un extenso bosque urbano y se ve inspirada por su abuela que impulsó un proyecto de restauración durante una severa crisis climática que sirvió de ejemplo para nuevas generaciones hasta convertir a la ciudad en un referente de sostenibilidad, atravesada por biocorredores, rica en biodiversidad y conectada con la naturaleza.

INTIPUNK: UNA VISIÓN SOLARPUNK INSPIRADA EN LA COSMOVISIÓN ANDINA es la historia de José Mena García. En el año 2200, Quito se alza como ejemplo de la





fusión entre cosmovisión andina y movimiento Solarpunk para construir una sociedad de vanguardia. La ciudad se ha transformado en un nodo de sostenibilidad y energía renovable, donde la participación comunitaria y la conexión con la tierra son fundamentales. Hay calles revestidas de vegetación y las edificaciones son joyas del diseño solar, que generan energía limpia y renovable.

EL CÁNDIDO DEL SIGLO. XXIII, de Catherine Olmedo Guerrero, retrata a un quiteño inocente que cree ciegamente en la tecnología como la solución a todos los problemas. Trabaja recogiendo residuos, descubre la realidad de la contaminación y la desigualdad, y reflexiona que la tecnología por sí sola no es suficiente para resolver los problemas sociales y ambientales. El Cándido se propone desafiar el *statu quo* y movilizar a la comunidad para un cambio conjunto contra el egoísmo y la avaricia.

¿Y MAÑANA QUÉ?, historia de Luis Marcillo, trata sobre Agustín, quien despierta desorientado en una habitación en el año 2024. Sofía se sorprende cuando él afirma ser de Sangolquí y creer que el año es 2224. Mientras recorre con Sofía la ciudad, horrorizado por la contaminación y el ruido, le explica el futuro, con el café extinto y el colapso del capitalismo tras una guerra global por recursos, y una constitución mundial llamada Mundus que prioriza la sustentabilidad y la convivencia.

En FUTUROS ANCESTRALES, Luisa Carrera Izurieta retrata un mundo colapsado por siglos de extractivismo y olvido. La Tierra ha sido herida por la ambición desmedida y las





ciudades se han refugiado bajo tierra. Aya, criada en los túneles verdes de una ciudad subterránea, emerge como portadora de una memoria viva y su vida cambia cuando emprende un viaje hacia Puerto Cabuyal, santuario de resistencia donde tecnología ancestral y biotecnología vibracional se entrelazan para sanar la Tierra.

También en Quito y en un viaje hacia las islas de plástico en el océano Pacífico, transcurre CIUDADES DE MUJERES LIBRES de Nicolás Cuvi. El pacificador Francisco, pronto a jubilarse, transporta a un agresor de mujeres a esas islas. Reflexiona sobre los cambios en la sociedad tras la Gran Desconexión y el auge de ciudades autárquicas, sobre su mundo en el cual las mujeres son soberanas sobre sus cuerpos, y sobre los *rings* y las artes marciales para prevenir la violencia.

EL PUPO Y LOS SECRETOS DEL ORO QUE NO BRILLA ocurre en Carchi, en el año 2200. María Belén Cevallos Enríquez cuenta sobre ese lugar en 2200, donde se respira equilibrio gracias a una comunidad que eligió proteger la vida en lugar de extraer oro. Cuando una amenaza tecnológica irrumpe desde la distancia, El Pupo une fuerzas con aliados no humanos, incluida una inteligencia artificial, para defender el territorio sin herir lo sagrado.

La historia VICUÑAS, HUMANOS Y EL TAITA CHIMBORAZO, de Tania I. González-Rivadeneira, trata de una vicuña que recorre las faldas del Chimborazo, buscando agua y reflexionando sobre el mundo que los humanos dejaron atrás. Observa un entorno deteriorado, escasez de agua y





basura que dejan los turistas. En su camino tiene un encuentro místico con el *Apu Chimborazo*, quien le otorga el don de andar libremente.

La historia GALÁPAGOS 2222: LA TORTUGA Y EL MAR, de Gabriel Redín Puebla, narra lo que sucede a partir de un rumor sobre una tortuga galápagos que se ha metido al mar. Siguiendo el camino de Alejandro, Julio y su encuentro con Raquel, explora la memoria imaginada en torno a la subida del nivel del mar, las nuevas ontologías y sensibilidades con lo no humano, y los tabús y exploraciones para entender la relación con el mar.

* * * * *

Ciertamente las crisis socioambientales suscitan ansiedades. Jóvenes urbanos, habitantes rurales que sufren sequías e inundaciones, se cuentan entre las poblaciones más afectadas. ¿Qué pasará conforme el clima cambie? ¿Será un porvenir de bienestar o distópico? ¿Qué sucederá con la agricultura y el agua? Los cuentos nos transportan a críticas y respuestas creativas que estremecen en ocasiones, en otras indignan, pero siempre sostienen esa capacidad profundamente imbricada en nuestros cuerpos para imaginar el Ecuador con esperanza y optimismo. En vez de responder a las ansiedades, climática y ambiental, desde la desazón alimentada por el deterioro





generalizado, se inspiran en ideas y prácticas como agroecología, minimalismo, energías renovables, paz, sostenibilidad, y en las prácticas de comunidades que construyen mundos diferentes. Estas historias son refugios y oportunidades.

Imaginar esos futuros bajo las condiciones actuales, ante un sistema reacio a las transformaciones, es liberador, pues permite actuar en los resquebrajamientos que se crean por la insustentabilidad. Nos resistimos a adherirnos, de forma cómplice, a discursos sobre el fin del mundo. Escogemos pensar, renovarnos y actuar desde el poder extraordinario de la imaginación.

Acción Ecológica cumplirá 40 años en 2026, y anhela que este volumen de la serie «La historia que pudo ser» nos lleve a navegar por otros mundos posibles. Esperamos que esta publicación provea lecturas para soñar, sentir y transportarnos a mundos imaginarios con esperanza.

Nicolás Cuvi
FLACSO Ecuador

Ivonne Yáñez
Acción Ecológica e Instituto
de Estudios Ecologistas del Tercer Mundo





Muyu

Isabel Buenaño

Oscuridad

Hay veces que puedo sentir aquel dolor como si fuera mío, como si hubiese habitado ese lugar; pero no, este dolor no está en el pasado, lo siento tan real y tan nítido como si todo estuviese pasando ahora mismo.

Puedo ver miles de luces que encienden la geografía del mundo titilando con fiereza en distintas tonalidades anaranjadas. Esa ambición por colonizar cada rincón del tiempo llevó a la especie humana a proclamar como suyo el habitar de la noche, relegando la oscuridad a los raros, a los que no caben, a los que no deben ser vistos. Esas luces iluminan el escenario fastuoso de la humanidad y sus ciudades.

¿Por qué?

En una biosfera tan vasta y diversa se redujeron las opciones de habitación a una caja hecha de hormigón. Una caja



ortogonal engendrada entre líneas virtuales de propiedad que enjaulan la libertad en lotes. Así se construyó un mundo donde se rechazaba el sentir de la oscuridad. Ese insoportable miedo a lo desconocido desembocó en una desesperada ambición de conocerlo todo, de medirlo, de poseerlo e iluminarlo. Prohibiendo hasta a las mismas estrellas brillar ante nuestros ojos.

Yo estoy adolorida y desubicada, como el patético garabato de un arquitecto sobre un plano. Siento el dolor de querer existir en medio de una nube gris de CO₂ donde ya no se puede respirar ni pensar ni sentir.

Final

Recordar mis vidas pasadas me permite revivir la memoria de los sueños que las acompañaron.

Anoche volví a tener uno de esos sueños: atravesaba dos hileras en paralelo de altos edificios repetidos en diferentes alturas. Mi mirada siempre estaba en el cielo, pues flotaba boca arriba. Ahí podía ver un edificio de dos niveles suspendido en el aire, este giraba sobre su propio eje con mil hilos infinitos que lo sostenían como a una marioneta. Plantas tropicales colgaban de sus terrazas y, mientras más me acercaba, sus flores, más grandes y brillantes se hacían; de repente, la velocidad que me llevaba aumentó y perdí de vista al rascacielos giratorio. Como en una montaña rusa descendí con rapidez una colina, precipitándome directamente contra otro edificio pero, justo antes





de que yo chocara con él, se hundió. Como si un extraño mecanismo lo succionara, tragándoselo por completo en cuestión de segundos. Entonces desperté.

Esos delirantes sueños-recuerdos de ciudades distópicas que me acompañan me hacen estar segura de que en esa vida también fui arquitecta, pero no de la misma manera. Esa vida fue a inicios de los años 2000. No puedo detallar qué ocurrió en los siguientes doscientos años, todo lo veo entrecortado. Creo que en ese tiempo no renací en un cuerpo humano, pues en mi memoria solo tengo imágenes de montañas ardiendo en incendios terroríficos seguidos de lluvias torrenciales. Tal vez lo vi desde los ojos de una golondrina o un mirlo. Los siguientes recuerdos son más sensoriales, son de un ambiente inhóspito, seco, caliente y agonizante, tal vez porque me transformé en alimento para el robusto cuerpo de un viejo árbol en lo alto del Guagua Pichincha.

Describir cómo eran las ciudades en el año 2200 solo necesita de una palabra: *agonizaban*. El invento más maravilloso de la humanidad moría: las pandemias, el hambre, la esclavitud y las consecuencias del cambio climático consumían los intentos de los arquitectos y urbanistas por salvar a las ciudades.

Se construyó una gran burbuja que encerraba a los grandes centros urbanos, así se crearon hermosos paraísos efímeros. Quienes nos quedamos fuera veíamos imágenes esperanzadoras que no nos incluían.





Yo, en ese entonces, tenía la forma de una pequeña abeja y morí en un intento desesperado por tratar de traspasar el domo. Lo golpeé y golpeé cuando intentaba alcanzar una jugosa flor amarilla.

Dentro de esos domos se construyeron tecnificados sistemas de hidroponía para cultivos que abastecían a los «ciudadanos» (lo que sea que eso signifique); también se diseñaron enormes plantas de tratamiento de purificación de aire y de agua. Estos eran dominados por regímenes tecnopolíticos controladores y esclavistas que, bajo amenazas, mantuvieron a raya los crecientes movimientos de resistencia y de rebelión antidomo. Pero los intentos fueron insuficientes para frenar la anunciada e ignorada muerte de la mitológica serpiente del capitalismo, que estaba a muy poco de devorar su propia cabeza y con ello destruir al sistema.

Era un fin necesario.

Los otros

Siempre he habitado el ser mujer, no necesariamente dentro de un cuerpo que se divide genética, física y culturalmente en macho y hembra. Se trata más bien de una frecuencia distinta del saber estar en el mundo. Del saber escuchar, saber sentir, saber saborear y saber hablar Mujer. La forma en que percibo mi ser femenino y el mundo depende mucho de los cuerpos que han acompañado mis vidas. En mi forma humana siempre recuerdo haber sido mujer.





Siempre fui rara, excluida y, muchas veces, asesinada por esa razón, pero recuerdo que fue en la vida de los 2000 cuando por primera vez fui consciente de ello, tal vez porque por primera vez logré superar los treinta años.

Mi cerebro siempre ha sido neurodivergente, es decir que su capacidad cognitiva se fundamenta en procesos sensoriales, perceptivos y reflectivos, por lo tanto, nunca fue posible domesticarlo ni adoctrinarlo en procesos hegemónicos propios de la cultura patriarcal, colonizadora y heteronormativa de ese entonces. Por eso me ubicaron dentro del espectro, el cual en realidad no es más que un modelo de categorización construido con el fin de identificarnos, separarnos y, por último, drogarnos con el falso eslogan de salvarnos de nuestra condición.

El sistema capitalista tardío de los 2000 se fundamentó en un modelo donde la valía del ser residía en su capacidad productiva, restando valor a todo lo demás. Según este principio, se me percibía como una poeta en un mundo de vendedores; nunca encajé y, como arquitecta, mucho menos. Por eso solo me quedaba habitar mis sueños, diseñando mundos con casas construidas con totora y puentes colgantes con fibras de penco. ¿Quién pensaría que unos miles de años más tarde esos sueños se harían realidad?

Mis amigos y mi familia eran mis plantas, y el único lugar donde me sentía a gusto era en mi chacra. Detestaba





la ciudad no solo por su materialidad, su ortogonalidad y su ruido, sino porque para poder vivir en ella tenía que ponerme un disfraz blindado de buenos modales y mucha complacencia. Así pasaba desapercibida. Si nadie me hablaba, nadie me violaría porque, en esa época, violar a las mujeres estaba permitido. Tal vez por eso fue que en los siguientes años renacía una y otra vez en forma de aguacate, churrinche y acacia al borde del río Guayllabamba, mientras el mundo ardía.

Me tomó casi dos mil años renacer como humana y, por fin, ser Yo. Cuando el mundo se transformó, los disfraces sociales dejaron de ser necesarios; todos se mostraron tal y como eran, el único objetivo que quedó fue sobrevivir. Resultó que todos éramos peculiares y únicos, y que nuestras capacidades heterogéneas eran necesarias para reconstruir los ecosistemas.

Limpiar los ríos, sembrar nuevos paisajes y construir nuevas *wasikuna* era un trabajo que todos debían llevar a cabo. Al final las capacidades creativas eran más importantes que las apariencias físicas.

Resultó que, si en esa vida de los 2000, se me veía como una persona antisocial, solitaria y reservada, no era porque me gustara estar sola, era porque no podía, entre tanta condescendencia, encontrar con quién conectar. No me quedaba más que huir y encontrar esa conexión en otras especies.





Pieles

Rehabitar los territorios andinos no fue tarea fácil, después de la gran caída de las ciudades de los años 2200 por las epidemias, la guerra y el calor, estas se quedaron en los huesos o, mejor, en los fierros.

Quito, territorio de los quitus, por la que se disputaron tanto los incas como los españoles y luego los chullas con su sueño de ser grandes alcaldes, se convirtió en un enorme botadero de basura a cielo abierto. Por un largo tiempo sus habitantes se volvieron seres nocturnos. Solo salían al exterior por la noche. Vivían en campamentos semisubterráneos cubiertos por retazos cocidos de lonas publicitarias de Correa (así de larga fue su presencia política) que constantemente eran parchados. Se habían ubicado donde antes eran los bordes de la ciudad: los del sur que nunca conocí, los de los valles y los de Carapungo.

Se organizaban expediciones que atravesaban toda la avenida 10 de Agosto hasta la Colón, desmantelando lo poco que quedaba de las casas y los grandes edificios. Iban cubiertos con lentes anaranjados de visión nocturna y enormes filtros de aire en la nariz y la boca, corriendo siempre el riesgo de encontrarse con el campamento de Guápulo, cuyo territorio se extendía hasta la Naciones Unidas. Ellos eran salvajes y bárbaros. En ese entonces yo era un perro y siempre acompañaba a los humanos. Morí cuando me abandonaron por que dejé de serles útil.





Hubo un momento crucial que marcó la supervivencia de la humanidad en el planeta y que significó una nueva era para la Pachamama y es que, por una casualidad, las investigaciones con tecnologías de inteligencia artificial descubrieron una forma de almacenar el *big data* en cadenas de ADN de células orgánicas. Y, aunque las grandes empresas tecnológicas del mundo se hicieron millonarias con este descubrimiento, se logró liberar dicha herramienta tecnológica no solo de sus propietarios, sino también de la energía y la materialidad artificial con la que se sostenía. Y así se desencadenó un futuro biotecnológico de materialidad orgánica.

Esta fue la base para la reconstrucción del planeta, pues no solo significó un giro materialista, sino también fue un cambio epistemológico. Nos vimos forzados a abandonar el concepto dualista del ser humano separado de la naturaleza para entenderlo como un todo. El pensamiento cosmocentrista de las culturas andinas preconquista se fusionó con la rebelión biotecnológica poscapitalista. Entonces el ser humano volvió a insertarse en los ciclos de la naturaleza y, cuando eso ocurrió, nuestro cuerpo fue lo primero en cambiar. Dejamos de vestirnos y cubrir nuestros cuerpos con telas, pues la piel desnuda se fusionó con líquenes y hongos, formando una costra viva con la que compartimos nuestra existencia en el mundo. En nuestros ojos el injerto de un doble párpado nos permitió filtrar la luz y así habitar el día y la noche. Ya no fueron necesarias las luces y otra vez pudimos ver brillar a





las estrellas. En nuestros pies, a modo de plantilla, se desarrolló una callosidad bioconstruida que se adhiere con biopolímeros que se extienden como hilos sobre los muslos, estimulando la circulación sanguínea. Eso nos permite estar erguidos por muchas horas y caminar, lo cual en los habitantes andinos significa subir y bajar montañas. Tampoco tenemos cabello, lo cual realmente agradezco porque odiaba peinarme.

El habitar el cuerpo y el habitar el mundo se transformó en algo más amplio y robusto, y así la *wasi* y la *llacta* ahora son sistémicas, orgánicas y poéticas. El habitar parte de sentir el territorio, saborear sus cualidades organolépticas, sembrar los paisajes para obtener la biomaterialidad y construir habitáculos (ya no como contenedores individualistas, sino para que sean capaces de sostener en sus distintas capas de piel un sinnúmero de especies); nos mantiene en constante relación de interdependencia.

Aquí, como humana, al fin dejé de ser excluida y, por fin, tuve cabida. Ser mujer dejó de significar parir y servir, ser arquitecta dejó de significar construir y presumir. Me convertí en la chamana de mi comunidad multiespecie de árboles, ríos y animales. Trabajo no como reproductora de estéticas, sino como diseñadora de mundos y es que ahora el habitar no significa escoger una especialidad académica para obtener sentido de ser, más bien significa un estar multitarea. Así, a veces, soy sembradora, a veces curandera, a veces ingeniera y otras embajadora y poeta. Debo confesar que soy esta última la mayor parte





del tiempo y aún me hace feliz mi chacra. Al amanecer me sumerjo en largas conversaciones con mis vecinos los pájaros que me cuentan cómo es volar, algo que, como raza humana, siempre envidiaremos, pero no con codicia, sino con respeto, pues el cielo siempre será de ellos (y mío, cada vez que renazco con alas).

Muyu

Muyu es semilla, pero no por la cosa nombrada semilla, sino por la esperanza de vida que en ella se almacena. Ser naturaleza, ser Pachamama es vivir en ciclos: morir para luego renacer. Cada nacimiento está acompañado por un olvido de lo anterior, así se aliviana la carga de la existencia y se puede redescubrir el mundo con nuevos ojos. En mi caso, cada vez que renazco en humana, a mi memoria vuelven los recuerdos de mis otros nacimientos y esas experiencias se almacenan en mí. Me he acostumbrado tanto a ellos que colecciono esos recuerdos (a veces creo que son prestados y que en algún momento tendré que devolverlos).

Nuevos modelos de habitares se desarrollaron en el mundo después de que el sistema económico que otorgaba sentido a las ciudades desapareció y que aumentó el nivel del mar y los desastres naturales desertificaron gran parte de los bosques y las selvas, particularmente los territorios andinos. En la ciudad de Quito, en las quebradas que no fueron rellenadas, se empezó a acumular agua limpia y fue ahí donde se empezaron a construir nuevas comunidades. Conservar estas vertientes requiere mucho





mantenimiento y, por ello, nuestra vida se centra básicamente en cuidar el agua.

El diseño de la *wasi* toma como centro una cocha dentro de la cual se planta un árbol núcleo que crece de una semilla especial con ADN reconstruido. Este funciona como un wifi que, mediante sus raíces, se conecta con otros árboles y forma una gran red parecida a la del micelio por el cual se comparte conocimiento. Estructuras curvas se dibujan tomando la cocha como centro; estas, por el lado exterior de la circunferencia, se anclan a la superficie del suelo por delgadas patas interconectadas. Cada estructura puede tener entre veinte y treinta patas y, por el lado interior de la circunferencia, se estiran con biotensores de penco a lo alto del árbol núcleo. Una piel de totora tejida construye la capa interior de la *wasi* y la pared interior está hecha de biopolímeros transparentes que permiten el acceso de luz constante para mantener la segunda piel que nos cubre y protege.

Un sistema de tanques bioimpresos se anclan en el techo de la *wasi* y son parte del sistema que mantiene limpia el agua. Otras capas de piel se superponen a la totora, unas como habitáculos de aves, otras como panales de abejas, otras como cultivos de enredaderas de taxo y granadilla, que son de las pocas plantas andinas que sobrevivieron. Superponiéndose a la red que crean estas estructuras, existen otros sistemas como chacras de cultivos o pequeños descampados cubiertos por tejidos de sigse donde se llevaban a cabo reuniones sociales, espectáculos artísticos, juegos o simplemente pláticas animadas entre amigos.





Lo demás necesario para la vida está en la *muyu* que son laboratorios y su estructura se parece a los diseños de edificios antiguos. Grandes árboles núcleo se siembran en una gran cocha en la base de la quebrada, sobre esta se teje un piso falso que nos permite transitar sobre el agua, en este piso está el centro de bioinvestigación. A un lado, penetrando en la montaña, se abre un gran *hall* y este conduce a una rampa que sube y enlaza varios niveles, cada uno de ellos alberga un laboratorio, ya sea de creación, de cuidado o de contemplación. No existen puertas y, en cierto momento, cada uno de ellos se desentierra mostrando un paisaje diferente del valle, como pequeñas ventanitas unas sobre otras. La montaña es el edificio.

El agua y el conocimiento ahora son nuestros recursos más valiosos.

Por más que me guste vivir ahora es difícil decir cuánto durará este ciclo, porque el ahora no es más que un momento en la historia del universo. El fin del planeta está anunciado, aunque no se sabe cuándo ocurrirá, pero ocurrirá y ninguna tecnología podrá evitarlo. Hemos abandonado la ambición de conquistar el espacio exterior, eso quedará para otras especies o tal vez para otra época.

He sentido la necesidad de escribir esto ahora porque no sé cuándo volveré a renacer humana y, por lo tanto, cuándo podré volver a recordar. Y, de cierta manera, es mi forma de devolver estos recuerdos a quien le pertenezcan. Guardo en mi interior la esperanza de que estos se conviertan en semillas de otros mundos y otras vidas.





Imaginarios

Durante la lectura de este relato muchas imágenes se fueron construyendo en la mente de cada lector, lectora y *lectore*, cada una con su propio tinte de color, atmósfera y forma. Es por ello que he esperado hasta el final para compartir con ustedes algunas imágenes del proyecto que inspiró este cuento. Este último capítulo no está escrito sino dibujado. Una serie de tomas arman la escenografía de esta arquitectura futurista. Estas estructuras se presentan como cáscaras esperando ser habitadas en sus diferentes capas. No incluyo a los personajes multiespecie de esta narrativa porque nunca supe cómo dibujarlos bien. Ese es un desafío que comparto con quien quiera aceptarlo.





Renacer en la Mitad del Mundo

Viviana Yáñez Gómez

Isabela, año 2200

La luz del amanecer se cuela entre las hojas de los gigantes árboles que rodean mi casa. Cada sombra proyectada en las paredes de mi habitación parece un dibujo que danza al ritmo del viento o, al menos a mí, me encanta pensarlo de esa forma. Cada mañana me despierto temprano para disfrutar de este espectáculo natural. Desde mi ventana, observo el majestuoso quishuar que domina nuestro jardín trasero. Es más que un árbol: es un símbolo, una conexión viva con el pasado. Según dice mi madre, ha estado aquí incluso antes de que yo naciera.

Después del desayuno, me gusta sentarme bajo la sombra de la ceiba en el jardín delantero. Allí, entre los colores de sus flores y el canto de los pájaros brujos, colibríes y jilgueros,



Isabela, año 2200

La luz del amanecer se cuele entre las hojas de los gigantes árboles que rodean mi casa. Cada sombra proyectada en las paredes de mi habitación parece un dibujo que danza al ritmo del viento o, al menos a mí, me encanta pensarlo de esa forma. Cada mañana me despierto temprano para disfrutar de este espectáculo natural. Desde mi ventana, observo el majestuoso quishuar que domina nuestro jardín trasero. Es más que un árbol: es un símbolo, una conexión viva con el pasado. Según dice mi madre, ha estado aquí incluso antes de que yo naciera.

Después del desayuno, me gusta sentarme bajo la sombra de la ceiba en el jardín delantero. Allí, entre los colores de sus flores y el canto de los pájaros brujos, colibríes y jilgueros, sostengo el tesoro que encontré hace algunos meses: el diario de mi abuela Paty. Lo encontré en un baúl antiguo, oculto entre otros recuerdos familiares. Aunque las hojas están un poco amarillentas y las esquinas desgastadas, la inscripción en la portada sigue siendo legible: «Paty, 2022».

Hoy, 24 de octubre, se celebra el Día del Gran Bosque Fundador, una fecha sagrada para nuestra ciudad. Mientras las calles se llenan de familias y vecinos que se dirigen al Árbol del Legado para la ceremonia, he decidido quedarme un rato en casa y sumergirme en las páginas de este diario. Estas palabras, escritas por la Paty hace más de 175 años, guardan la historia de cómo comenzó todo.





Diario de Paty, año 2022

Era verano, un verano que se sentía interminable por la falta de lluvia. Las sequías eran cada vez más prolongadas y severas. Los científicos advertían que lo peor estaba por venir si no tomábamos acción inmediata. En medio de esta preocupación, llegaron los incendios a la ciudad y a toda la región; se escuchaban noticias de Brasil, Bolivia, Colombia, Perú... América Latina en llamas.

Volviendo a nuestra ciudad, el aire era irrespirable; el cielo, que alguna vez fue azul brillante, se había convertido en un manto gris opaco. El sol, de rojo apocalíptico, apenas lograba atravesar la nube de humo que cubría la ciudad.

Después comenzaron los apagones. Al principio, eran cortes breves, solo por la noche. Luego se volvieron más frecuentes y prolongados. Las tiendas perdían sus productos, las familias luchaban para conservar alimentos y cada vez más personas perdían sus empleos. Los días se hacían más largos no solo por el calor, sino por la incertidumbre.

Aquellas personas y compañías que tenían las posibilidades compraban su generador de energía a diésel, otras en un intento desesperado por no perder sus ventas e ingresos optaban por endeudarse para comprarlos, y el Gobierno, como ayuda, decidió no cobrar los impuestos de los benditos generadores, ¡vaya solución!





Pero el golpe más duro llegó cuando el Gobierno anunció que el agua comenzaría a escasear. Uno puede aprender a vivir sin luz pero, sin agua, la vida simplemente no es posible.

Fue en medio de esta crisis que conocí a Stefany Eduardo. Los tres compartíamos algo que parecía haberse perdido en esos días oscuros: esperanza. Decidimos soñar, aunque pareciera imposible. Nos prometimos encontrar una forma de luchar contra el colapso que parecía inevitable. Nos comprometimos en buscar soluciones, pequeñas al principio, pero con el potencial de crecer como un árbol.

Isabela, año 2200

Mi abuela escribió sobre cómo todo comenzó con un proyecto aparentemente modesto: la regeneración de un tramo del parque lineal Chaquiñán, un antiguo corredor ferroviario que funcionaba como un sendero ciclístico y peatonal. Este tramo, que atravesaba Puembo, el sector de Quito donde vivía mi abuela, había sido olvidado y descuidado, perdiendo su propósito original. Pero mi abuela vio su potencial como símbolo de cambio.

El Chaquiñán era más que un camino de pie, que era lo que significaba en quichua... Era una oportunidad. Una oportunidad para demostrar que la naturaleza podía sanar, si le dábamos la oportunidad.

Los primeros meses e intentos fueron difíciles. Mi abuela y su equipo enfrentaron críticas y escepticismo: «¿Para qué plantar árboles, si no hay agua para regarlos?»





¿Para qué recuperar un espacio, si la gente lo va a dañar de nuevo?», comentaban algunos. Otros se burlaban, llamándolo una causa perdida. Pero ellos persistieron. Poco a poco, las primeras plantas comenzaron a crecer, reverdecido el paisaje y, con ello, nació un nuevo sentido de esperanza en la comunidad. Esa comunidad, al principio escéptica, empezó a unirse al proyecto. Empresas, familias y colectivos se sumaron, y el Chaquiñán dejó de ser un espacio olvidado para convertirse en un símbolo de esperanza. «Si el bosque regresa, regresará la vida», se repetían cada vez para no desistir.

Con esfuerzo y dedicación, mi abuela y su equipo lograron sembrar los primeros cubresuelos, arbustos y árboles, logrando la siembra de 11.500 plantas y la recuperación de 55 especies nativas en viveros comunitarios; la presencia de avifauna nativa cada vez era mayor; reunieron a más de cuatro mil personas que colaboraron durante las diferentes mingas de siembra organizadas.

Diario de Paty, año 2024

Después de los primeros años en el Chaquiñán, supimos que teníamos que soñar más grande. Fue entonces cuando nació la idea de plantar 18.000 árboles, uno por cada habitante de Puembo. Al principio, parecía un objetivo descabellado. ¿Cómo transformaríamos una jungla de cemento en un bosque vivo? ¿Cómo convenceríamos a una población desilusionada de que esto era posible?





Pero nos dimos cuenta de que la respuesta estaba en las mismas personas incrédulas, que con el tiempo fueron creyendo en el cambio positivo que se estaba generando; así cada vez más personas se unían. Agricultores, profesionales, maestros, maestras, niñas y niños comenzaron a plantar árboles en sus patios, en las aceras, en terrenos baldíos. Cada árbol llevaba el nombre de una familia, convirtiéndose en un legado vivo. Fue hermoso ver cómo cada planta crecía, cómo el intercambio de productos entre vecinos se hacía más común y cómo, eventualmente, las lluvias regresaron. Lo que comenzó como un simple proyecto de reforestación se convirtió en un movimiento de comunidad, solidaridad y amor por la naturaleza.

Isabela, año 2200

Con cada página que leo, me maravillo más de la visión y la perseverancia de mi abuela. Su diario está lleno de anécdotas: días difíciles, momentos de duda, pero también victorias pequeñas y grandes. Para el año 2030, Puenbo ya no era la misma. Las quebradas afectadas por incendios comenzaron a recuperarse, y las áreas urbanas florecían con árboles y huertos. Ese año lograron plantar los 18 000 árboles y la vida, ya cambiada, cambió mucho más.

Pero no se detuvieron allí. El proyecto inspiró a parroquias vecinas y, pronto, Quito entero se sumó al esfuerzo. Para el año 2030, la ciudad había comenzado su transformación en un verdadero bosque urbano.





Mi madre, hija de Paty, continuó el legado cuando la crisis climática se intensificó. Fue su generación la que integró avances tecnológicos al proyecto: sensores para monitorear la salud de los árboles, sistemas automatizados de riego y biotecnología para maximizar la capacidad de captura de carbono de los árboles, huertos urbanos cada vez más eficientes y sostenibles. Pero más que la tecnología, lo que me inspira es la relación simbiótica que existe actualmente entre la gente y la naturaleza, logramos volver a las raíces, el sentido de vecindad y solidaridad con todo ser vivo, el respeto a la naturaleza y a sus diferentes ciclos que permiten la vida en la tierra.

Hoy, Quito no es solo una ciudad, es un bosque vivo.

Diario de Paty, año 2040

El día que plantamos el último árbol en Puembo, sentí algo indescriptible. Sabía que el proyecto había terminado, pero también que algo más grande estaba comenzando. Nuestro bosque no era solo un espacio verde; no solo era vida, era un símbolo de esperanza e identidad, un recordatorio de que el cambio es posible cuando trabajamos juntos.

Mi abuela no vivió para ver el Puembo del futuro ni cómo se contagió a los sectores aledaños o cómo Quito se convirtió en el bosque vivo que es ahora, pero puedo sentir su legado en cada rincón de esta ciudad. Su sueño se convirtió en el eje central de nuestras vidas. Gracias a ella, mi madre y su generación transformaron un paisaje que





estaba muriendo en un símbolo de resiliencia, como es un árbol.

Isabela, año 2200

Cierro el diario y miro por la ventana. Los árboles que ahora forman parte de nuestra vida diaria comenzaron como pequeños retoños, sembrados con amor y esperanza, y ahora forman un ecosistema vibrante. Hoy, cada barrio en Quito está conectado por biocorredores verdes, tal como se empezó en Puembo y los parques no son solo espacios recreativos, son aulas vivas, mercados, fuentes de agua y refugios para especies que alguna vez estuvieron al borde de la extinción.

En nuestras escuelas, estudiamos a la sombra de ceibas y jacarandás, aprendemos sobre cómo cuidar este bosque urbano y discutimos cómo seguir mejorándolo. Jugamos alrededor de cholanes y yalomanes, comemos junto a pumamaquis y sus diferentes habitantes, descubrimos día a día la belleza de cada árbol. Mi madre siempre me decía: «Los árboles no solo nos dan vida, nos dan identidad. Cada uno tiene su propia historia».

Camino hacia el árbol del legado, un imponente quishuar que se alza en el centro de la ciudad. Su tronco lleva una placa con los nombres de los fundadores del proyecto. Paso mis dedos sobre el nombre de mi abuela, Paty, y siento una conexión profunda con ella.





La ceremonia comienza. Los ancianos relatan cómo Quito superó los desafíos del cambio climático y la urbanización. Pero este día no es solo para recordar, es para actuar. Recibo una semilla de cholán, lista para ser plantada, y así como yo, todas las niñas y los niños. Mientras la sostengo en mis manos, pienso en el futuro. ¿Qué más puedo hacer? Con mi generación debemos asegurarnos de que el bosque nunca deje de ser un símbolo de vida y que las futuras generaciones también puedan escribir su capítulo en este bosque urbano que no deja de florecer.

Mientras camino de regreso a casa, con la semilla de un cholán en mis manos y el diario de mi abuela en mi mochila, reflexiono que Quito no es solo una ciudad, es un bosque vivo, un bosque urbano. Y ese bosque, al igual que nuestra historia, sigue creciendo.

Nota: El proyecto de recuperación integral de ocho kilómetros del Chaquiñán tramo Arrayanes-Oyambarillo se encuentra en ejecución desde el año 2021, junto al colectivo Amigos del Chaquiñán. Es un proyecto que sienta un precedente importantísimo de trabajo comunitario y un ejemplo pionero de restauración del paisaje y rescate de nuestra flora nativa del que he formado parte. El proyecto 18.000 árboles, 18.000 pumbeños está en su fase inicial. Nació en el año 2024 con la exitosa experiencia previa del Chaquiñán. Tiene una proyección de seis años con el objetivo de restaurar y transformar el paisaje urbano de la parroquia, fortaleciendo la comunidad, recuperando la flora y la fauna.





Imagen generada con Midjourney y posterior edición en Adobe Photoshop por Títán (José Mena, 2025).

Intipunk¹: una visión *solarpunk* inspirada en la cosmovisión andina

José Mena García

Quito, la capital del Ecuador en Sudamérica, se extiende orgullosa a lo largo de la línea ecuatorial, en el corazón de los trópicos exuberantes. Se distingue de todas las demás ciudades por su mágico abrazo de doce horas promedio de luz solar durante todo el año. Esta metrópolis, enclavada entre majestuosos volcanes que emergen de la cordillera de los Andes, es un santuario de ecosistemas

1 *Intipunk* es un término que combina la palabra «Inti» (que significa «sol» en lengua prehispánica) con «punk», utilizado para representar una visión *solarpunk* inspirada en la cosmovisión andina precolonial.



diversos. Aquí florece el tapiz vivo de tradiciones ancestrales y, aun en tiempos de la colonización española, surgieron monumentos sagrados diseñados con precisión para alinearse con la guía radiante del sol.

En el año 2022, en la vibrante ciudad de Quito, acontece el extraordinario viaje de Antonella al futuro, fusionando los reinos de los sueños y la realidad. Luna, un unicornio del futuro que llegó a la actualidad, fue adoptado por los humanos y se convirtió en el canal para una profunda exploración de un mundo donde los ideales del *solar-punk* han transformado el paisaje urbano en un santuario armonioso de sostenibilidad e intensa conexión con la naturaleza.

Guiados por la sabiduría de los ancestros y movidos por su pasión por el activismo ecológico y la convivencia armoniosa entre seres humanos y no humanos, un par de amigos se embarca en un ritual audaz para ingresar a los sueños de Luna y dilucidar el futuro. Antonella, con valentía inquebrantable, consume ayahuasca², mientras Titán —genio experto en tecnología— vincula la conciencia de Antonella a una interfaz de realidad virtual avanzada, alimentada por inteligencia artificial. El objetivo: interpretar los sueños de Luna.

2 La ayahuasca es una bebida psicoactiva utilizada tradicionalmente por las comunidades indígenas de la selva amazónica con fines ceremoniales y espirituales.



Previo al viaje, Antonella y Titán alimentaron a Luna con plantas nativas utilizadas por los *runas*³ para comunicarse con sus perros, lo que desencadena un efecto alucinógeno y refuerza su *ethos*. Al mismo tiempo, Antonella ingiere una bebida ancestral preparada con ayahuasca que, combinada con las costras de los ojos de Luna aplicadas a los suyos, realza su visión del futuro. Titán conecta una serie de sensores en la cabeza de Antonella a dispositivos electrónicos para interpretar los sueños transmitidos por Luna.

A medida que la conciencia de Antonella trasciende el tiempo y el espacio, se encuentra inmersa en una impresionante representación de Quito en el año 2200, una ciudad renacida en una deslumbrante realidad *solarpunk*. Rascacielos cubiertos de vibrantes jardines verticales se elevan hacia el cielo, sus hojas susurran con la brisa suave, absorbiendo energía solar para alimentar la metrópolis que florece a sus pies.

En este 2200 utópico, la magnífica ciudad de Quito, anidada en el corazón del mundo, se ha transformado en un bastión radiante de los ideales *solarpunk*. Aquí, la sabiduría ancestral de la cosmovisión andina se entrelaza con visiones futuristas de un porvenir sustentable. Una sinfonía de naturaleza y tecnología danza por sus calles, iluminando una sociedad que celebra la convergencia armónica entre la tradición y la innovación.

3 *Runa* se refiere a una persona o ser humano en quechua, una lengua indígena hablada principalmente en la región andina de América del Sur.



Los paneles solares cubren los techos y muros de las edificaciones, mientras la vegetación brota exuberante en cada rincón urbano. Las comunidades prosperan bajo el espíritu de la minga⁴, reviviendo el alma de la colaboración colectiva como eje de su convivencia. Antiguas prácticas andinas se fusionan sin esfuerzo con tecnologías regenerativas: los ciudadanos se reúnen en plazas comunales, donde sus voces, como un canto de viento y agua, moldean de manera consensuada el destino compartido de su ciudad.

Guiados por el espíritu ancestral del trabajo conjunto, los quiteños participan en mingas modernas, revitalizando la esencia del esfuerzo colectivo y el gobierno participativo. Las decisiones se toman por consenso, asegurando un avance equitativo e inclusivo para todas y todos.

Cada amanecer es recibido con reverencia. Los habitantes se congregan en plazas al aire libre, sus rostros resplandecen de gratitud y rinden homenaje a Inti, el sol que da vida. Rituales ancestrales se entrelazan con los ritmos de tecnologías avanzadas, mientras los paneles solares florecen como girasoles, capturando la energía celestial y transformándola en una sinfonía de poder, iluminando el camino de la ciudad hacia un futuro más brillante.

4 Minga se refiere a un trabajo comunitario o esfuerzo colectivo realizado por un grupo de personas que se unen para realizar una tarea o proyecto específico en beneficio de la comunidad. Minga representa el espíritu de cooperación, solidaridad y reciprocidad, donde las personas aportan su tiempo, trabajo y recursos al bien común, fomentando un sentido de unidad y responsabilidad compartida entre los miembros de la comunidad.





En las coloridas calles de Quito, la ciudad del sol enclavada en la mitad del mundo, la celebración ancestral del Inti Raymi⁵ se fusiona armoniosamente con los ideales del *solarpunk*, desplegando un espectáculo de tradición y sostenibilidad. Mientras los cálidos rayos del sol iluminan las festividades, los lugareños se visten con atuendos resplandecientes adornados con paneles solares, aprovechando la energía solar para alimentar la música y las luces de la celebración.

El retumbar de los tambores ancestrales se entrelaza con melodías electrónicas, creando una sinfonía que honra tanto al pasado como al futuro. Las calles se llenan de danzas y rituales sagrados en homenaje al sol, mientras puestos de comida ofrecen delicias veganas cultivadas en jardines verticales que se alzan hacia el firmamento. En esta fusión mágica entre historia y progreso, el Inti Raymi Solarpunk se convierte en emblema del poder de las culturas ancestrales para inspirar y guiar el camino hacia un futuro sostenible en armonía con la naturaleza.

En este paraíso *solarpunk*, Quito encarna la armoniosa coexistencia entre la humanidad y la naturaleza. El paisaje urbano, adornado con exuberantes jardines verticales y cubiertas solares, fusiona la modernidad con la sabiduría ecológica. Una sinfonía de fuentes de energía renovables impulsa la infraestructura urbana, mientras que los

5 Inti Raymi proviene del quechua, lengua indígena de los Andes. En la cosmología andina, «Inti» significa «sol» y «Raymi» se refiere a una «festividad» o «celebración». Por lo tanto, «Inti Raymi» se traduce como «Fiesta del Sol» y es un evento tradicional que se celebra en diversos lugares de los Andes, particularmente en Perú y Ecuador, para honrar al sol como deidad y expresar gratitud por sus bendiciones.





relucientes vehículos eléctricos se deslizan silenciosamente por los bulevares arbolados, dejando solo una huella de sus suaves pisadas en las vibrantes carreteras alimentadas por energía solar.

Dentro de sus barrios florecientes, comunidades vivas prosperan, nutriendo un espíritu colectivo de sostenibilidad e inclusión. El conocimiento ancestral de los pueblos indígenas se entrelaza con prácticas contemporáneas, formando un tapiz cultural resiliente donde todas las voces son escuchadas, respetadas y celebradas. Cada barrio se convierte en un nodo de colaboración, con jardines comunales que brotan en azoteas y plazas, cultivando una conexión profunda entre los residentes y la tierra nutricia.

A medida que el sol alcanza su cenit, los habitantes de Quito se congregan en amplias plazas soleadas, participando en animadas conversaciones y compartiendo sus sueños de un futuro mejor. Inspirados por su herencia andina profundamente arraigada —donde la gratitud al sol, a la tierra y al agua fluye por sus venas—, emprenden audaces iniciativas para salvaguardar el planeta. Las escuelas resuenan con la risa de niños que exploran tecnologías sostenibles y prácticas ecológicas innovadoras, preparándose para convertirse en guardianes de la Tierra.

La educación, el latido del progreso, late con fervor en las innovadoras instituciones de Quito. En aulas impregnadas del espíritu de la sabiduría andina, las mentes jóvenes se embarcan en un viaje de conocimiento, profundizando en las enseñanzas de sus antepasados. Abrazan el potencial





transformador de la tecnología, aprovechando la energía del sol para impulsar sus curiosas exploraciones, dando forma a una generación enraizada en la sustentabilidad y la conciencia ecológica.

La comida, sustento sagrado de la vida, abunda generosamente en este oasis urbano. Huertos verticales llenos de cultivos multicolores caen en cascada por las fachadas de los edificios, formando una utopía comestible. Sistemas acuapónicos vibran con vida, armonizando peces y plantas en simbiosis perfecta, mientras apiarios en las azoteas zumban con abejas que polinizan la paleta vibrante de frutas y vegetales.

La ciudad palpita al ritmo del transporte ecológico. Tranvías eléctricos silenciosos recorren sus avenidas, y los bulevares peatonales, adornados con árboles frondosos, invitan a un diálogo fluido entre naturaleza y movimiento. Bicicletas con estética *solarpunk* giran veloces por ciclovías dedicadas, tejiendo una red de movilidad sustentable que conecta comunidades y reduce la huella de carbono.

Por las luminosas calles de Quito, testigo viviente del espíritu indomable del *solarpunk*, la ciudad irradia su compromiso inquebrantable con una vida sostenible. Los monumentos que antaño fueron testimonio del dominio colonial ahora sirven como faros de esperanza, reutilizados para aprovechar la energía solar e iluminar el camino hacia un futuro donde la humanidad y la naturaleza prosperan en armonía simbiótica.





Quito, con su espíritu vibrante y su inquebrantable conexión con el sol, se erige como un ejemplo brillante de las aspiraciones del *solarpunk*. A medida que el horizonte de la ciudad, impulsado por energía solar, se eleva hacia el cielo, invita a abrazar un futuro donde la reverencia por la naturaleza, la inclusión y la innovación sostenible se entrelazan para crear un mundo donde cada amanecer trae la promesa de un mañana más brillante y verde.

El Cándido del siglo XXIII

Catherine Olmedo Guerrero

Había en Quito, bajo el mando de Rodas el Quinto, un hombre inocente y limpio como los ríos de los cuentos. Cándido había nacido en un barrio de los mejores, donde no faltaba el agua los lunes, jueves y domingos. Donde el aire solo oscurecía los paños blancos, no los negros. Y sobrevivían los árboles de Navidad de antaño. Cuando joven, Cándido miraba cuanta pantalla podía y aprendía ávidamente la lección clarísima y científicamente probada: «La tecnología nos sacó de la oscuridad, la tecnología ha resuelto todos los problemas y la tecnología lo va a solucionar». ¿Quién podría dudar de la tecnología que le había dado tanto? Y era evidente y lógico que los más poderosos la usaran para vivir hasta doscientos años, pues su longevidad y experiencia se irradiaban a todos



los demás que, por su parte, separaban los residuos, caminaban en lugar de usar vehículos y recogían los víveres en bolsas reusables.

Cándido tuvo la dicha de vivir bajo la protección de sus padres hasta la elevada edad de dieciocho años. Pudo aprender a firmar su nombre y reconocer siete de los diez números, diferenciar el 3 y el 8 siempre puede ser complejo. Un día necesariamente tuvo que salir a trabajar por el desarrollo de la sociedad y para garantizar el avance de la tecnología. Sus habilidades le daban muchas posibilidades a la hora de elegir un oficio. Pero casi todas significaban trabajo físico que con seguridad lo mantendrían sano y fuerte. Todos sabemos que toser luego de hacer ejercicio es lo más saludable y el buen aire de Quito garantizaba unas provechosas sesiones asmáticas. Así pues, decidió dedicarse al noble trabajo de administrar los residuos. Debería moverse por toda la ciudad recogiendo y entregando los residuos a los distintos barrios. Lo haría sobre un carro en el que varias personas pedaleaban para desplazarse porque, como Cándido, eran nobles y cuidaban el medioambiente al no emitir gases de efecto invernadero. El sistema era muy tecnológico y había sido probado. Pocos tenían la responsabilidad de generar desechos para que estos fueran reprocesados o usados por otra gente en otros barrios.

Cándido empezó su trabajo el martes 1 de abril. Estaba muy feliz de sumarse a tal equipo, pero toda la primera semana pasó sin entender nada de lo que se hacía. Solo pedaleaba y cargaba lo que le indicaban. Poco a poco fue





aprendiendo la ruta que debía seguir y dónde cargar y dónde descargar los desechos. El líder de su cuadrilla era un hombre mayor de unos 35 años que, aunque todavía mostraba fuerza, tenía poco pelo y su piel estaba curtida por el sol y los mismos químicos que se usan para la tabartería y que ellos recogían de vez en cuando. El líder hablaba poco con Cándido, solo para corregirle y señalarle lo que debía hacer. Así aprendió Cándido que en la parte central de la ciudad se levantaban grandes casas donde antes hubo un parque y que de allí se recogían unos desechos lo más singulares. Había muchas cosas que Cándido nunca había visto, por lo que no sabía para qué servían cuando funcionaban, mucho menos ahora que eran desechos.

No tardaron mucho en recoger todo lo producido por las casas grandes del centro. Ahora tenían que pedalear unos quince kilómetros a los barrios donde se procesaban. Los caminos eran muy buenos en el centro y, a medida que uno se alejaba, muy apropiados para bicicletas normales. El vehículo de Cándido que tenía dos filas de ruedas y estaba cargado presentaba un reto para las piernas de quienes pedaleaban y, al parar, los pedales les golpeaban las canillas.

Mientras se acercaban al destino donde debían dejar los desechos, empezaron a ver humaredas. Cándido nunca había estado en esa parte de la ciudad y no se explicaba por qué prendían fuego. Pero se convenció de que debía ser una herramienta tecnológica para cuidar el medioambiente. Con toda seguridad, los desechos contaminaban





menos al ser incinerados. Eso debía ser. Y de esa manera contribuían a tener ese aire tan característico de Quito. Como vivían en altura, había que agregar algo al aire por la falta de oxígeno. ¡Qué sabios los que habían diseñado este sistema!

Al llegar al lugar de la entrega, el líder de la cuadrilla se acercó a conversar con los que recibían el producto. No eran mayores que Cándido, como era costumbre, habían empezado a trabajar desde temprano para aprovechar los mejores años que tiene todo hombre. El líder preguntó por el dueño del lugar, pero los muchachos contestaron que había muerto hace poco. «Cáncer de pulmón», alcanzó a oír Cándido. Los muchachos continuaron su relato.

—Un día, el maestro empezó a toser, como pasa siempre por aquí, pero no paraba. Gastamos el último tubo de oxígeno que nos quedaba, pero no pareció ayudar. Luego del oxígeno, empezó a toser sangre. Tosió tan fuerte y por tanto tiempo, que cayó desmayado del esfuerzo y su boca se empezó a llenar de sangre. Intentamos ayudarlo pero no pudimos hacer nada. Como nosotros no tenemos una bicicleta múltiple, tampoco podíamos llevarlo a algún lugar para buscar ayuda. Eso pasa con frecuencia por aquí. Por eso, es importante saber quién asumirá el negocio cuando pase. Y bueno, pasaron a recogerlo dos días después de su muerte. Parece que ellos solo saben cuándo nos morimos.

Cándido oyó muy atento este relato. Nunca había oído algo parecido. Él había visto gente morir en su zona de la ciudad, casi siempre por un malestar estomacal que no





paraba durante varias semanas. Pero esa era una muerte más digna, pensó él. Hasta ese momento consideró que la tecnología podía hacer algo para alargar la vida. Pero no se le ocurría ninguna forma en que la tecnología pudiera evitar que la gente tosiera sangre. Él había tosido toda su vida, pero nunca sangre. Debía haber una explicación para ese fenómeno tan extraño.

Los muchachos preguntaron por el nuevo integrante de la cuadrilla y el líder solo bromeó: —No se encariñen con él, quién sabe cuánto dure.

Cándido no se había preguntado antes por qué se había abierto ese puesto en el que estaba trabajando y quién se sentó en su lugar el día anterior.

En el recorrido del miércoles pasó Cándido por una larga vía perimetral, con vías altas donde transitaban los pocos autos de la ciudad. Cándido pasaba por la parte baja de estas vías de autos, alzaba la mirada para contemplar esa maravillosa tecnología de vehículos eléctricos, con contaminación mínima, y una vez más confirmaba que la tecnología, avanzadísima, era la salvadora de su sociedad. Qué sería de ellos sin esa tecnología de punta que, a fin de cuentas, permitía a todos disfrutar de este mundo y cuidaba que no se destruyera por completo.

En el camino cruzó por una quebrada, casi no pudo controlarse al percibir el olor. La quebrada arrastraba la basura de fábricas y los residuos humanos de gente que vivía en las lomas del Pichincha. La cuadrilla cruzó por un puente de metal oxidado. En ambos lados de la quebrada había





ruinas de otros tiempos. El líder de la cuadrilla, al ver la cara de asco de Cándido, comentó que antes la quebrada era subterránea, pero que la naturaleza la reclamó. Cándido no entendió por completo qué significaba eso. El líder mandó detenerse en medio del puente y señaló a Cándido un edificio al pie de la montaña.

—Ahí hacen el agua que llega a tu casa —le dijo—. Algún día tal vez te toque ir a conocerla. Tienen muchos instrumentos para convertir lo que hueles en agua que se puede beber. Supongo que esa es la tecnología que nos va a salvar.

Cándido se preguntó si el agua era la misma en las casas del centro como en los barrios que había visitado el día anterior.

El jueves fue un día feliz, Cándido se pudo lavar la cara con algo del agua que corría admirablemente del grifo. Pero tan pronto como terminó, se preguntó por qué le ardía la cara y al respirar reconoció algo del olor del día anterior. El agua no debía tener ese efecto sobre la piel. Algo no andaba bien con el agua que llegaba solo tres veces por semana a la casa de Cándido. No importaba qué dijeran las propagandas con las que había crecido. Por mucho que quisiera creer en ellas, en la esperanza que daban, en el mundo que mostraban, no era capaz de encontrar ese mundo al salir de su casa. ¿Cómo era posible que estuviera sujeto a tanto sufrimiento?

Fue entonces que Cándido comprendió que no era la tecnología la que lo tenía que arreglar. Ninguna mano





invisible ni ningún concepto vago servía para traer agua limpia a todos, para limpiar el aire, para reforestar el mundo o para garantizar una vida digna a las personas. Todos los relatos y todo lo que le habían dicho solo había servido para conformarse con lo que tenía y trabajar por un equilibrio inexistente.

Él tendría que hacerse responsable. Ciertamente no haciendo lo que le decían que preservaba el medioambiente, sino justamente desafiando esas narrativas. Debía hablar con cada una de las personas que se encontraba a diario en su ruta de recolección de desechos y debía movilizarlos a un cambio conjunto en contra del *statu quo*. La tecnología existía, pero había sido apropiada por quienes acumularon el poder. La concentración de los medios había llevado al uso único de la tecnología por parte de las clases dominantes y ahora eso debía cambiar. El problema nunca fue la técnica, siempre fue el egoísmo y la avaricia.





¿Y mañana qué?

Luis Marcillo

Agustín abrió los ojos y lo primero que hizo fue mirar su reloj, marcaba las cinco de la mañana y todo parecía estar muy oscuro afuera. Extendió su brazo fuera de la cama en busca del botón que le dejaría ver los primeros rayos de luz en cuanto el sol apareciera, pero no lo pudo encontrar. Se sintió extraño, pero pensó que era porque acababa de despertar. Se frotó el rostro y se dio cuenta de que la cama en la que se encontraba no era la de su habitación y tampoco parecía una cama normal. Tenía algo extraño sobre la superficie, era blanda pero rígida a la vez y, al parecer, tenía resortes dentro de su estructura. Era la primera vez que observaba que se usara ese material en una cama y, además, notó que las dos frazadas eran extrañas. Se sentían muy diferentes a las de su cama habitual. Se levantó y se acercó a la ventana más cercana y lo que vio a través de ella era diferente a todo lo que él conocía.



¿Dónde se encontraba? ¿Qué había sucedido la noche anterior? ¿Acaso había despertado en otro planeta?

Todo era extraño, desde el aire que respiraba, hasta lo que veía afuera de la ventana.

Salió de la habitación y en el pasillo encontró una hoja que correspondía a un anuncio publicitario que decía «Promoción válida hasta el 31 de noviembre de 2024». ¿Qué significaba eso? ¿Acaso se encontraba en una casa donde guardaban objetos de siglos pasados? ¿Estaba en una tienda de antigüedades? Pensó que seguramente estaba en la casa de algún coleccionista de reliquias, de esas que dicen tienen mucho valor para el intercambio. Pero, ¿cómo había llegado allí?

Continuó examinando el lugar donde se encontraba, pero no encontró a nadie. Cuando su reloj marcó las seis y treinta alguien ingresó en la casa y, de inmediato, corrió a la puerta para ver quién acababa de llegar. Quería respuestas a lo que estaba sucediendo.

—¡Hey! Hola.

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí? —preguntó Sofía, una bella chica que acababa de entrar en la casa.

—Me llamo Agustín, y no sé qué hago aquí ni sé cómo llegué.

—¿De qué hablas? Voy a llamar a la policía —dijo Sofía con un tono entre nervioso y agresivo.





—No, espera. Todo es tan extraño aquí.

La voz de Agustín sonaba muy preocupada y se podía ver en sus ojos que estaba confundido.

Sofía bajó la guardia, vio que el chico se veía perdido y no parecía ser una mala persona.

—¿Dónde vives? —preguntó Sofía.

—En Sangolquí —respondió Agustín de inmediato.

—¿En qué lugar de Sangolquí? Aquí estamos en San Pedro, sí lo ubicas, ¿verdad?

—Había escuchado de ese lugar, pero se supone que ya no existía, se volvió un bosque hace cincuenta años —respondió el chico incrédulo.

—No estoy entendiendo nada, estamos en San Pedro, no puedes decir que no existe.

Agustín recordó la fecha de la hoja de promoción que había visto en el pasillo.

—Espera, ¿qué fecha es hoy? —preguntó.

—¿De qué hablas? Hoy es sábado 2 de noviembre.

—¿De qué año? —insistió Agustín.

—2024... ¿Qué te ocurre? ¿Por qué me preguntas eso?





De inmediato, al escuchar esa fecha salir de la boca de Sofía, se congeló. No supo qué pensar al respecto. Viajar en el tiempo había sido su sueño, pero jamás imaginó que eso llegaría a pasar. Su mente se llenó de decenas de preguntas sin respuesta.

—¿Estás bien? —preguntó Sofía, al ver que el chico se había quedado congelado.

—Sí, solo que lo que me has dicho es imposible.

—¿Por qué sería imposible? —preguntó ella muy extrañada.

—Porque estoy seguro de que este es el año 2224.

—Vamos a tranquilizarnos porque no estoy entendiendo nada. ¿Quieres que te prepare un té o un café?

—He escuchado mucho del café, hubo una guerra por él. Quiero probarlo para entender la razón de ese conflicto —respondió Agustín.

Sofía encendió una de las hornillas de la cocina, colocó la tetera con agua, preparó el colador con café e invitó a Agustín a sentarse en la mesa para que le explicara qué le sucedía. Los dos se dirigieron hacia allá y Agustín empezó a hablar.

Él le contó que vivía en Sangolquí, pero que muchos lugares de la ciudad se habían convertido en bosques y que los centros urbanos eran muy focalizados por la importancia que tenían los bosques en su época. No supo





cómo explicar en qué momento y cómo lograron aquello, sobre todo cómo planificaron las ciudades para que no se expandieran más y desaparecieran los bosques, sino que mejoraron el espacio donde habitaban y dejaron de crecer. Además, se logró frenar el desmedido crecimiento de la población y se reguló la tasa de natalidad porque, según recordaba haber aprendido en su clase de historia del cambio climático, los recursos comenzaron a escasear y la desnutrición crónica fue en aumento, convirtiéndose en la segunda causa de muerte en el país. Los suelos ya no producían como antes y muchas especies de flora y fauna empezaron a desaparecer, como el café que llegó a ser una especie extinta.

—Woo, wooo, wooo, espera, ¿me estás diciendo que el café se extinguió? ¿En el futuro no habrá más café? —preguntó Sofía con gran incredulidad.

—Exactamente, en el año 2100, la sequía fue muy fuerte, las abejas empezaron a desaparecer y las plantaciones de café sufrieron. Se recolectaron semillas, pero solo ciertas empresas lograron mantenerlas y se apropiaron de ellas, y los costos se volvieron exorbitantes.

—Espera un momento y, ¿por qué terminó por desaparecer el café si las semillas se lograron guardar a pesar del costo que impusieron esas empresas?

Agustín entró en más detalle, le contó a Sofía que el café fue el detonante de todo lo que vino a continuación, fue la razón para que el mundo despertara y se diera cuenta





de que el modelo económico y el manejo de los recursos eran las causas que los estaban llevando a la destrucción. Mencionó que la gente alrededor del planeta empezó a mirar al capitalismo como el enemigo número uno, se cansaron de vivir bajo un sistema opresor, se percataron que mantener ese sistema les estaba costando muy caro y que, si en verdad querían sobrevivir, debían hallar un nuevo camino.

—¿El capitalismo fue cambiado por otro sistema? ¿No me digas que por el socialismo? —rio Sofía, tomando todo lo que decía Agustín como una simple burla.

—No, no sé qué es eso que mencionas, en realidad la cosa no fue tan sencilla como cambiar y ya.

Agustín continuó con su historia. Cuando el café se volvió el oro negro de la época, la guerra se volvió inevitable. El conflicto se extendió y los bandos estaban claros: América del Sur vs. América del Norte y África vs. Europa. Quienes no definieron sus bandos fueron Asia y Oceanía pero, en el punto más álgido de la guerra, cuando parecía ser que los bandos opresores ganarían, Asia y Oceanía tomaron partido. Eso dio la ventaja al bando históricamente oprimido y la guerra llegó a su fin. Me contaron que la guerra terminó ahí pero, sin duda, no se puede hablar de ganadores y perdedores porque, al término de esa cruel guerra, la población mundial se redujo a una décima parte. Por eso te decía que muchos centros poblados desaparecieron, fue porque la población se redujo.

—Tiene sentido tu historia pero, ¿qué siguió después? —preguntó Sofía mostrando mayor interés por la historia—. Continúa, no me dejes con la intriga, ¿qué sucedió después?





—Bueno, la situación era complicada. La comida comenzó a faltar, en especial en los territorios de Europa y América del Norte. Entonces había que tomar una decisión: si los oprimidos tomaban ahora el rol del opresor o hacían cambios reales. Se decidió que habría cambios reales. Entonces apareció un grupo de hombres y mujeres que plantearon una idea que no sonó descabellada y que ordenaría la situación. Habían ganado la guerra y era el momento de generar cambios reales, entonces propusieron generar una constitución mundial, que es lo que llamamos Mundus. El Mundus define los derechos de todas las especies en el planeta, así como las obligaciones que tenemos para construir un mundo mejor. El Mundus organiza las acciones que debemos tomar. No está alineado a una ideología religiosa ni política ni económica, solo promueve la sana convivencia de todas las especies en el planeta. Fue la razón por la que se pudieron salvar muchas especies de flora y fauna, tal vez el café se perdió, pero fue un sacrificio necesario para que el mundo despierte y tome un camino definitivo —terminó Agustín.

De repente Sofía tomó su taza de café, se levantó de su asiento y comenzó a caminar en círculos en su cocina. Se sentía confundida, no entendía nada de lo que pasaba.

Agustín continuó, la era de paz había llegado, existieron cambios radicales pero que terminaron por definir el destino y la calidad de vida de todos los habitantes del planeta. Lo primero en cambiar fue el tipo de ciudades, lo que exigió que las construcciones se hicieran acorde a cada lugar y que fueran sustentables, es decir que cada ciudad tuviera al menos una quinta parte destinada a espacios verdes y, además, que todas las calles estuvieran llenas de





árboles. Eso ayudó a reducir la temperatura del medio y atrajo lluvias; antes de la guerra, las sequías eran más comunes y prolongadas.

—Espera, espera, un momento —lo interrumpió Sofía—. Si las calles están llenas de árboles, ¿cómo circulan los vehículos? ¿Cómo se movilizan las personas?

Él se acomodó en su asiento y tomó un sorbo de café.

—Entiendo ahora por qué se desató una guerra por esto, el café es simplemente maravilloso, no había probado algo igual, su sabor es exquisito. Pero bueno, voy a continuar la historia y responderé tu pregunta —continuó Agustín con un gesto de satisfacción.

Tomó otro sorbo de café y continuó: —Los vehículos dejaron de existir, todos nos transportamos por metro ya sea aéreo o subterráneo, el tren eléctrico es el medio que nos lleva más rápido de una ciudad a otra, los medios de transporte público fueron la prioridad y las ciudades se rediseñaron para ser espacios verdes y sostenibles, lo que obligó a que el transporte se adapte a las ciudades y no al revés, como pasaba en Sangolquí antes. Leí un libro donde el autor mencionaba que salir o entrar a esta ciudad era un caos total, y que los buses, no sé si lo pronuncio bien, llegaban a manchar el cielo de negro; pero todo eso cambió. Además, las personas no necesitamos movernos demasiado, nuestros trabajos están cerca de donde vivimos, entonces nos podemos transportar en bicicletas o en patines. Recuerdas que te dije que el modelo





económico cambió, pues eso incluye también pensar dónde trabajas y que ese lugar sea cercano a donde vives.

De repente paró su relato porque vio un bus por la ventana y siguió su trayecto con asombro, no podía creer cómo, en un segundo, ese aparato pintó de negro el cielo, no era aceptable para él mirar cómo ese medio de transporte podía generar tanto daño y, peor aún, que pudiera pasar por todos lados sin recibir algún tipo de sanción.

—¿Qué pasó? ¿Por qué te detienes? —preguntó Sofía.

—¿Es normal lo que acabo de ver?

—¿Qué cosa viste?

—¿Que un aparato como ese deje una nube negra en el cielo? —dijo Agustín con una voz entrecortada, con un tono de tristeza profunda.

—Sí, nadie dice nada. Sabemos que está mal, pero no hemos hecho nada, es difícil luchar contra las mafias de los transportistas —le respondió Sofía, mientras cruzaba miradas con el sorprendido Agustín.

Agustín no podía salir del asombro, había leído en los libros de historia lo que hacían esas máquinas, pero jamás en su vida imaginó que lo llegaría a ver. Empezó a calmarse y continuó con su historia.

—El Mundus es muy claro, los crímenes contra el medioambiente son castigados con las penas más





grandes, desde abandonar tu ciudad y vivir en el desierto hasta la pena de muerte. Sin esa rigurosidad, el mundo no sería el paraíso que es.

—Salgamos a recorrer la ciudad y, mientras vamos en mi vehículo, me sigues contando más sobre ese futuro tan intrigante. ¿Te parece bien? —le dijo Sofía.

—Bueno, pero no sé qué es un vehículo —respondió Agustín mientras reía nerviosamente.

Ella tomó la llave y los dos salieron de la casa. Agustín empezó a toser sin control, sentía cómo piedras diminutas ingresaban en su tráquea y se tomaban sus pulmones. Jamás había experimentado algo así en su vida.

—¿Qué sucede? —preguntó Sofía, muy preocupada por el chico.

—Tranquila, es el aire; ya pasó. Es la primera vez que experimento algo así —respondió Agustín, pensando que el ataque se debía al nivel de contaminación que tenía el aire.

—Ok, ¿quieres que continuemos con nuestro plan?

—Sí, vamos. Quiero conocer mi ciudad en la antigüedad —dijo Agustín.

Caminaron hacia el vehículo, Agustín no supo cómo abrir la puerta, Sofía lo ayudó. Ingresaron y Sofía arrancó.





Agustín continuó contando a Sofía cómo era la vida en el futuro.

—La vida es más serena en el futuro, creo que el hecho de que no existan vehículos hace que todo transcurra más tranquilo —continuó Agustín riéndose—. Nuestra economía no se basa en ganar dinero, sino en producir cosas que sirvan a otros, a cambio de que a mí me entreguen cosas que también me sirvan. Es la diferencia con el capitalismo. Además, usamos los recursos que necesitamos y no nos excedemos en tener cosas que no son necesarias, eso nos llevó a regenerar el planeta. A mí me contaron que, en esta época, gobernada por el capitalismo, la gente tenía cosas porque sí, no porque eran realmente necesarias. Me contaron que la gente desperdiciaba la comida y la botaban a la basura, y que la vestimenta que producían era para satisfacer la vanidad más que la necesidad. Eso estaba matando el planeta. Nuestro Mundus nos guía para que los recursos sean bien aprovechados y no desperdiciemos nada, hay que respetar el entorno y sobre todo respetar lo que la naturaleza nos entrega y no abusar de ella.

De repente Agustín dejó de hablar y miró sorprendido la cantidad de vehículos que transitaban por la Av. General Enríquez y, sobre todo, los buses que cada vez que aceleraban dejaban una nube gris. Escuchó un sonido estridente que lo dejó en *shock* por un momento, no sabía qué pasaba, no sabía de dónde provenía ese sonido ni sabía qué significaba. Por un momento sintió que sus oídos





iban a reventar y, después, por unos segundos, no pudo escuchar absolutamente nada.

—¿Estás bien? ¿Qué te ocurrió? —preguntó Sofía al ver la reacción de Agustín, mientras uno de los buses tocaba su bocina de forma desaforada.

—¿Qué fue eso? ¿Qué clase de sonido es ese?

—Se llama pito, todos los vehículos lo tienen, pero los buses suelen tener unos que suenan aún más alto —explicó Sofía.

—No me siento bien, esta experiencia está siendo demasiado abrumadora para mí. Jamás me he sentido así. No me imagino cómo se debe sentir vivir así todos los días, esto es terrible.

Sofía siguió conduciendo el vehículo hasta llegar al centro comercial San Luis, ella propuso ingresar pero Agustín se negó. No podía soportar ese ritmo al que se movía la ciudad, tantos vehículos, tantos sonidos raros, tantas luces, tantos letreros, tantas personas caminando de forma desordenada sin respetar nada en el camino. Todo le resultó muy agotador y pidió regresar a la casa, no se sentía muy bien.

Llegaron a la casa de Sofía, ella parqueó el vehículo y los dos entraron a la casa, volvieron a la cocina y se sentaron de nuevo. Él tomó las sobras de su taza de café y sintió un sabor distinto, pero le siguió pareciendo un sabor realmente magnífico, a pesar de estar frío.

—El café frío está igual de delicioso que el café caliente —dijo.





—Sí, y con crema fría es aún más delicioso —respondió Sofía.

—Quisiera probarlo, pero más tarde. Me siento agotado, tengo que descansar.

—También debo procesar todo lo que me dijiste. Si quieres, puedes ir a descansar en el sofá y cuando despiertes puedes seguir contando sobre ese futuro del que vienes —le propuso Sofía.

Agustín le agradeció, fue al sofá y se acostó. Sofía le entregó una cobija y Agustín se quedó dormido de inmediato, ella lo dejó ahí solo y se fue a bañar mientras él descansaba.

Cuando Agustín despertó todo estaba oscuro a su alrededor, pensó que debió dormir muchas horas y que, por eso, ya era de noche, pero se dio cuenta de que ya no estaba en el sofá. Estaba en una cama y no era cualquier cama, era su cama, y estaba cubierto por sus frazadas. Extendió su mano y encontró el botón que abría las persianas, lo aplastó y de inmediato ingresaron los rayos del sol, se levantó de un salto y miró por la ventana: todo era verde y el cielo muy claro y despejado.

Mientras miraba por la ventana se preguntó por lo ocurrido. ¿Acaso todo fue un sueño o pasó en realidad? Y, si todo fue real, ¿cómo viajó en el tiempo? No, eso era imposible, no se podía hacer; en todo este tiempo jamás había escuchado que alguien viajara en el tiempo. Pensó que si lo contaba seguro creerían que estaba loco.

Siguió mirando por la ventana, todo se veía tan tranquilo. No cambiaría su época por nada.





Futuros ancestrales

Luisa Carrera Izurieta

Aya despertó antes del amanecer con el sonido del agua que corría por los canales de la ciudad subterránea. El aire, húmedo y terroso, llevaba el aroma de hierbas que crecían en pequeños jardines verticales, contruidos con marcos de madera y materiales reciclados. A sus catorce años Aya conocía de memoria los túneles que serpenteaban bajo los vestigios de la trama colonial que había colapsado hace más de un siglo. Esos pasajes no solo eran su hogar, sino también la trinchera de la resistencia donde una red de rebeldes luchaba por la vida en un mundo devastado.

Esa mañana era especial, Aya emprendería su primer viaje fuera de la ciudad subterránea. Durante años, su familia la había preparado para este momento, enseñándole no solo técnicas de cultivo y supervivencia, sino también la importancia de mantener viva la esperanza. Su misión era más que una entrega —llevaba consigo semillas,



brotos y manuales con conocimientos esenciales para regenerar la tierra—, también portaba algo más valioso, una promesa de conexión entre comunidades resistentes. Su madre, Yana, una hierbatera respetada por su profundo conocimiento de las plantas y su espiritualidad, la acompañó a través del intrincado sistema de pasajes secretos. Caminaban en un silencio solo interrumpido por el eco de sus pasos y el suave goteo del agua que caía desde las fisuras en los techos. Las paredes, iluminadas por débiles luces alimentadas por diminutas células fotovoltaicas, eran un *collage* vivo de hongos, raíces expuestas e insectos que parecían bailar en la penumbra. Pasaron junto a grupo de guardianes de semillas, quienes protegían cofres llenos de vida en forma de granos, flores y tubérculos. Para Aya eran bibliotecas vivientes, guardianes del conocimiento pasado y defensores de posibles futuros. Saludaron al grupo con una inclinación respetuosa antes de seguir avanzando. Cruzaron un corredor que conectaba con una quebrada, donde el agua corría libre hacia una laguna de purificación. Allí, las científicas de la resistencia habían desarrollado técnicas bioquímicas para filtrar contaminantes. Aunque esas innovaciones eran limitadas por la falta de recursos, representaban la lucha incesante por mantener un equilibrio precario.

—Por eso debes irte, Aya —le dijo Yana, arrancando una flor de manzanilla que crecía entre las piedras húmedas—. Aquí protegemos la vida, pero allá afuera aprenderás a vibrar con el equilibrio que el mundo necesita.

Aya tomó la flor, asintiendo con determinación. Sentía el peso simbólico del momento, un paso hacia lo desconocido, guiada por la esperanza de que su comunidad podía





expandir su chispa de vida. Al llegar a la salida secreta se detuvieron frente a una pared rocosa que parecía impenetrable. Yana golpeó la piedra con un patrón rítmico y esta se deslizó lentamente, revelando un chaquiñán bañado por los primeros rayos de sol.

—El sol será tu guía —dijo su madre y la abrazó con fuerza—. Recuerda, nunca estarás sola.

Aya ajustó su mochila repleta de herramientas y semillas, miró por última vez a su madre, y cruzó el umbral hacia la superficie.

* * * * *

La superficie de Quito —que en otro tiempo vibraba con el bullicio de sus calles empedradas, tejados de barro llenos de palomas y ventas ambulantes— se había transformado en un paisaje de ruinas. Enredaderas trepaban lentamente sobre las estructuras decadentes, reclamándolas como propias. Un silencio opresivo cubría lo que antes eran calles llenas de vida; pero no todo estaba desierto, guardias del régimen patrullaban las calles abandonadas en busca de insurgentes a quienes confiscar recursos vitales como semillas, alimentos y herramientas, en un intento por mantener su dominio sobre las pocas zonas cultivables que quedaban. Bajo esta superficie desolada, los túneles verdes ofrecían un oasis de vida. Construidos originalmente como sistemas de drenaje y catacumbas, fueron adaptados por la resistencia en las primeras décadas de la gran crisis. Espacios amplios y estrechos se combinaban para albergar viveros iluminados por pequeños paneles solares que captaban luz a través de aberturas





estratégicas. En ellos se cultivaban alimentos esenciales: maíz, papa, quinua, hierbas medicinales y frutos; todo en armonía con las limitaciones del entorno.

Aya había crecido en un mundo de sombras y esperanza, escuchando las historias de la gran crisis mundial. Aprendió desde pequeña el valor de cada gota de agua, de cada bocanada de aire puro, y la importancia casi sagrada de alimentos frescos como frutas y verduras. En el refugio subterráneo de la resistencia, su familia y comunidad habían tejido un sistema de cuidados colectivos que les mantenía con vida. La superficie, en cambio, era un territorio marcado por el abandono y la devastación. Muchas ciudades se habían vuelto inhabitables: la falta de comida, los conflictos bélicos, las epidemias y los desastres medioambientales habían reducido los antiguos centros urbanos a ruinas peligrosas y violentas. El régimen, aprovechando el caos, utilizaba el miedo para mantener el control, mientras la migración forzada hacia antiguas tierras agrícolas solo aceleraba la destrucción de esos ecosistemas. Sin embargo, entre las ruinas, pequeñas chispas de vida brotaban como raíces tercas en tierra reseca. Los núcleos de resistencia, dispersos pero conectados, formaban una red de apoyo que compartían recursos, conocimientos y energía. Como un rizoma oculto, estas comunidades trabajaban para construir un mundo más justo y armónico.

Aya creció en los túneles verdes de Quito, donde las familias vivían en cubículos hechos con materiales reciclados y cada espacio era aprovechado al máximo. La colaboración no era solo una necesidad, era el eje que sostenía





a la comunidad. Cada miembro desempeñaba un rol vital: los guardianes de semillas protegían la biodiversidad del futuro, las hierbateras sanaban con sus conocimientos ancestrales, los narradores mantenían vivas las historias y las científicas innovaban con lo poco que tenían. Para Aya este refugio no era solo un lugar de supervivencia, sino un laboratorio de nuevas formas de vida. El centro espiritual de esta red subterránea era un antiguo pozo de agua natural, una huaca venerada desde tiempos precoloniales. Rodeado de dibujos y mapas trazados por generaciones, el pozo era un espacio de aprendizaje y reflexión. Aya pasaba allí horas, fascinada por el simbolismo del agua como fuente de vida y resistencia. Fue en ese entorno donde aprendió a identificar semillas, plantar en espacios reducidos y detectar signos de contaminación en el agua. Pero lo más importante, desarrolló una sensibilidad hacia la interconexión de todos los seres, una lección que sería crucial para su misión fuera de los túneles. Cuando Aya dejó su hogar aquella mañana, llevaba en su mochila algo más que semillas y herramientas: llevaba consigo el conocimiento de su comunidad y la esperanza de que otro mundo era posible. Cada paso que daba hacia el exterior era un acto de valentía y fe, una promesa de llevar la vida y la resistencia más allá de los límites conocidos.

* * * * *

Se reunió con el grupo de viajeros en el punto de encuentro designado. Aunque su tensión inicial comenzó a disiparse al ver otros rostros familiares, su estómago siguió revuelto por la mezcla de nervios, hambre y emoción. Guiados por una exploradora experimentada, cruzaron





un puente largo y semidestruido que atravesaba el río Machángara. Desde allí Aya notó que el agua, aunque aún escasa, corría más clara, tal vez como resultado de los esfuerzos de rehabilitación emprendidos por las científicas de la resistencia. En el otro extremo del puente les esperaba un pequeño vehículo eléctrico, una reliquia ingeniosamente reconstruida por los mecánicos de la resistencia. Aunque el transporte era escaso y poco confiable, existía una red de estaciones estratégicas donde los viajeros podían descansar, recargar las baterías y compartir recursos e historias. Mientras abordaban el vehículo, Aya recordó cómo, en el pasado, los trenes habían sido una opción para los rebeldes, pero ahora eran un lujo demasiado arriesgado debido a los intensos controles del régimen.

Pasaron por el camino hacia la Costa, un mosaico de contrastes que reflejaba las cicatrices de un mundo desgarrado por la modernidad. Los campos áridos, exhaustos por décadas de monocultivos, se extendían como un recordatorio de la destrucción causada por la lógica extractiva que posicionaba al ser humano por encima de la naturaleza. Aquí y allá pequeños parches verdes comenzaban a regenerarse gracias a los esfuerzos de los rebeldes, quienes implementaban programas de restauración ecológica para devolver vitalidad al suelo. Sin embargo, el desequilibrio era evidente: el aire estaba cargado de polvo, los ríos que alguna vez habían sido caudalosos ahora eran hilos de agua contaminada, y el horizonte estaba compuesto por las aterradoras siluetas de fábricas abandonadas, esqueletos de un progreso fallido.

Caravanas de migrantes avanzaban lentamente junto a ellos, cargando herramientas, semillas en pequeños sacos





de tela y figuras de antiguas deidades que evocaban una conexión perdida con lo sagrado. Sus rostros reflejaban la crisis: escasez de alimentos y agua fresca, falta de electricidad en vastas regiones y el eco constante de guerras por apropiarse de los recursos que quedaban. A pesar de la fatiga, en sus miradas, se vislumbraba una esperanza obstinada. Todos buscaban lo mismo: liberarse del régimen que había convertido la vida en un objeto de consumo. Ese régimen, que dividía el mundo entre lo rural y lo urbano, imponía rígidos roles de género, perpetuaba jerarquías injustas entre regiones favorecidas y olvidadas, y mantenía el racismo que despojaba a comunidades enteras de su dignidad, su tierra y sus historias. Buscaban un lugar donde sanar y reconstruir sus vidas. Aya observaba este vaivén humano con una mezcla de asombro y tristeza. Las palabras de su madre resonaban en su mente: «Somos parte de un tejido más grande. Todo lo que hacemos afecta al todo». Al ver las caravanas, comprendió la profundidad de esa enseñanza. A medida que avanzaban, recordó los poemas de su padre, que hablaban de amor por la vida. Cerró los ojos por un momento, sabiendo cómo el río, la tierra y las historias que llevaba en su interior formaban parte de un mismo latido. Por un instante sintió que su propio cuerpo era la Pachamama que se levantaba para defenderse.

Cada parada en los refugios de la resistencia era un recordatorio del poder regenerativo de la vida. Comunidades enteras trabajaban para limpiar ríos envenenados, reintroducir animales a hábitats devastados y cultivar árboles frutales en tierras que antes parecían condenadas. Aya sabía que formaba parte de esa red de cuidados,





un entramado que le habían enseñado a valorar desde niña. Sin embargo, sentía un peso constante en el pecho, una mezcla de miedo y responsabilidad que no lograba disipar. ¿Qué rol estaba destinada a desempeñar? ¿Cómo podría, siendo tan joven, contribuir a un proyecto tan vasto? Las historias que escuchó en los refugios sobre quienes no lograron adaptarse a Puerto Cabuyal avivaban sus dudas. No estaban listos —susurraban algunos— y esas palabras resonaban en su mente, llenándola de incertidumbre.

El paisaje cambió a medida que se acercaban a su destino. El aire, más denso y cargado de humedad, anunciaba la proximidad a algo nuevo. Aya observaba por la ventana mientras el terreno se transformaba ante sus ojos: primero aparecieron cactus y plantas desérticas, luego pequeños árboles con ramas secas, y finalmente arbustos dispersos. Decidió abrir la ventana, dejando que el aire fresco y salado llenara sus pulmones. Era un aroma desconocido para ella, y, por un momento, la novedad eclipsó sus preocupaciones. El conductor, notando su entusiasmo, le lanzó una sonrisa cómplice. El vehículo avanzaba con dificultad por el terreno rocoso hasta que un zumbido sutil comenzó a llenar el aire. No era solo un sonido, era una vibración que Aya sintió en todo su cuerpo, como si despertara algo dormido dentro de ella. El conductor redujo la velocidad, mirando al grupo con una mezcla de advertencia y emoción. Aya contuvo la respiración mientras cruzaban el umbral.

De pronto, una ola de energía los envolvió. No era visible, pero Aya sintió cómo una corriente cálida y pulsante atravesaba su piel, y llegaba hasta lo más profundo de su ser. Era como si el aire mismo estuviera vivo, cargado de un





poder antiguo y vibrante. La onda protectora que rodeaba Puerto Cabuyal no era solo un escudo tecnológico, era una extensión del propio entorno, una red de energía generada por el lugar y amplificada por las tecnologías de la resistencia. El vehículo crujió bajo la presión como si reconociera la fuerza que los recibía. Al otro lado, el paisaje cambió drásticamente. Lo árido quedó atrás, fue reemplazado por un estallido de vida, hojas brillantes destellaban bajo la luz del sol, raíces se entrelazaban en un suelo fértil, y el aire húmedo y puro parecía acariciar cada respiración. El zumbido inicial se desvaneció lentamente, fue sustituido por el susurro de árboles y el canto de aves que Aya jamás había escuchado. Sentía que algo en ella iba cambiando. El campo de energía no solo protegía a Puerto Cabuyal del exterior, sino que también parecía transformar a quienes lo cruzaban. Era como si el lugar decidiera quién era digno de entrar, alineando sus vibraciones con las del entorno. Al mirar a sus compañeros de viaje, vio que ellos compartían la misma mezcla de asombro y gratitud que se reflejaba en sus rostros. Mientras el vehículo avanzaba entre la exuberante vegetación, Aya entendió algo profundo, este campo protector no era un muro que separaba dos mundos, sino un puente que los unía.

* * * * *

Aya y los demás viajeros fueron recibidos por las matriarcas de Puerto Cabuyal, un consejo de mujeres cuya presencia irradiaba fortaleza y sabiduría. La bienvenida fue cálida pero ceremoniosa, impregnada de una energía que conectaba lo humano con lo sagrado. Las matriarcas los guiaron por un sendero cubierto de flores amarillas, cuyos pétalos crujían suavemente bajo sus pasos, liberando un





aroma dulce que se mezclaba con la frescura del aire. El camino los llevó hasta una estructura impresionante: una edificación de caña que parecía desafiar la gravedad, elevándose en espirales alrededor de un chorro de agua que brotaba con fuerza desde el suelo. Este ojo de agua estaba rodeado de gigantescos árboles de guayacán, cuyas ramas entrelazadas formaban una cúpula natural. Las gotas de agua, iluminadas por los rayos de sol que se filtraban entre las hojas, proyectaban destellos dorados sobre los rostros de los recién llegados. En el centro de este santuario se encontraba un espacio ceremonial suspendido sobre el agua. Allí comenzó el ritual de ingreso, diseñado no solo para darles la bienvenida, sino para ayudarles a desprenderse del peso del mundo exterior. Cada viajero se sumergió en el ojo de agua, sintiendo cómo la corriente limpiaba no solo el polvo del camino, sino también las tensiones y las vibraciones caóticas que traían consigo. Para Aya el baño fue un desafío. Su mente seguía atrapada en una maraña de miedos y dudas. Sin embargo, a medida que el agua recorría su piel, comenzó a sentir una calma nueva, como si el lugar mismo la acogiera. Tras el baño, las matriarcas les entregaron ropa fresca, tejida con fibras naturales que se adaptaban al clima y parecían envolverlos con cuidado. Luego los llevaron a una mesa comunal, donde les esperaban frutas de colores vibrantes y agua fresca. Aya probó una fruta desconocida, cuyo sabor era una mezcla perfecta de dulzura y acidez, y, al beber un sorbo de agua fría, sintió cómo el último rastro de cansancio abandonaba su cuerpo. Mientras observaba su entorno, Aya se dio cuenta de que Puerto Cabuyal no era solo un refugio, era un santuario vivo, un lugar que nutría tanto el cuerpo





como el espíritu, y cuya fuerza residía en la armonía entre la naturaleza, la comunidad y lo sagrado. Tras la ceremonia de bienvenida, una joven se acercó a Aya con una sonrisa cálida.

—Soy Nina —dijo mientras le daba un gran abrazo—. Te acompañaré en tu viaje por Puerto Cabuyal. Estoy emocionada de aprender de ti, especialmente sobre las plantas medicinales.

Aya se sorprendió al percatarse de que Nina sabía algo sobre ella. Nina la tomó de la mano y la guio fuera del edificio ceremonial. Al cruzar el umbral, Aya se sorprendió de nuevo por la intensidad de los colores del lugar.

—Prepárate para la mejor parte —señaló Nina con entusiasmo mientras apretaba su mano.

Caminaron por una pasarela elevada hasta un mirador. Desde allí Aya contempló la magnitud de Puerto Cabuyal. Estaban en medio de un extenso bosque, en una montaña cubierta de vida. Entre las copas de los árboles, se asomaban delicadas estructuras que parecían fundirse con el entorno: plataformas de observación y pequeños huertos donde fuertes enredaderas se entrelazaban con columnas vivas. Más abajo, cerca de la playa, se alzaban edificios similares al ceremonial. Sus formas curvas, hechas de caña y madera ensamblada, daban la impresión de crecer orgánicamente desde el suelo. Los espacios estaban diseñados para dejar entrar la luz y el aire fresco, con entramados que creaban un juego de sombras en movimiento. Caminos elevados conectaban las





construcciones, flotando entre los árboles y ofreciendo momentos de contemplación con vistas al bosque y al mar. En el horizonte, el mar se extendía con una paleta de azules profundos que se fundían con el cielo.

Una brisa salada llegó hasta Aya, quien sonrió frente a la inmensidad del paisaje. Su parte favorita fueron las pangas, pequeñas embarcaciones que flotaban sobre el agua, moviéndose al ritmo del océano en una danza interminable. Nina le dio un momento para absorber la escena antes de hacerle una seña para que la siguiera. Juntas comenzaron a caminar lentamente por las pasarelas elevadas que se internaban en el bosque. Estos puentes ligeros y suspendidos en el aire serpenteaban entre los árboles, subiendo y bajando para conectar diferentes espacios. Aya pronto se dio cuenta de que estaban en un bosque comestible. Bajo la sombra de los imponentes árboles, crecían especies más pequeñas: frutales, arbustos, hierbas y enredaderas que se abrazaban a los troncos como si fueran parte del mismo tejido vivo. Cada rincón parecía diseñado para maximizar la vida, ofreciendo alimento y refugio para plantas, animales y humanos por igual. Nina se detenía en puntos estratégicos de las pasarelas. Extendía la mano para recoger frutas maduras y brillantes que colgaban como joyas entre las ramas, guardándolas cuidadosamente en su bolso de tela. En otras ocasiones señalaba con entusiasmo animales que se movían con calma entre la vegetación: monos jugueteando entre las copas, pájaros de plumas vibrantes, insectos zumbando en el aire e incluso serpientes deslizándose por los





troncos. Aya no podía contener su curiosidad y bombardeaba a Nina con preguntas:

—¿Cómo cultivan el bosque, cómo manejan el riego, cómo almacenan y distribuyen las semillas?

Nina respondía complacida, mientras le hacía preguntas sobre la vida en el núcleo del que Aya provenía. La conversación fluía con naturalidad, un intercambio que iba más allá de la información técnica, sembrando las primeras semillas de una amistad que crecería con fuerza en los siguientes días.

Mientras caminaban Aya comenzó a sentir que este bosque no solo era un espacio de vida, sino también un lugar de conexión. Y con cada respuesta de Nina, con cada risa compartida y cada mirada de complicidad, supo que había encontrado un refugio y también una compañera de viaje.

Cuando empezó a oscurecer, Nina guió a Aya por una rampa que descendía hasta una casa que parecía una extensión más del bosque comestible, como si hubiera crecido junto a los árboles en lugar de haber sido construida. Su estructura principal estaba formada por biomateriales de alta tecnología derivados de hongos y fibras vegetales que se regeneraban con el tiempo. El diseño orgánico imitaba formas naturales: curvas suaves y superficies que reflejaban los colores del entorno. Su exterior estaba cubierto de enredaderas y pequeños paneles fotovoltaicos que captaban luz solar y la transformaban en





energía mientras permitían que las plantas convivieran con la estructura. Era la casa de Nina y su familia, donde Aya se hospedaría durante su visita a Puerto Cabuyal.

La casa estaba parcialmente elevada sobre el suelo para no alterar las raíces del bosque. Sus cimientos flotantes funcionaban como sistema de captación y filtración de agua de lluvia. Al entrar, Aya descubrió que las ventanas panorámicas de vidrio fotocromático inteligente regulaban la entrada de luz y calor, creando un microclima interior. Desde el exterior, la casa parecía fundirse con la vegetación, mientras que, en el interior, espacios abiertos y modulares permitían la circulación del aire y la luz, eliminando la necesidad de energía adicional para la climatización.

La familia de Nina recibió a Aya con entusiasmo, abrazándola como si siempre hubiese sido parte de ellos. Se sentaron juntos y compartieron una merienda sencilla pero deliciosa: frutas frescas, raíces asadas y una bebida tibia hecha con hierbas locales. Entre risas y anécdotas, Aya se sintió en casa. Al terminar de comer y limpiar, Nina llevó a Aya a su habitación, un espacio sencillo y cómodo.

Aya, exhausta, se dejó caer sobre su cama y se hundió en un sueño profundo. A la mañana siguiente, la despertó el sonido de risas infantiles que flotaban en el aire. Se levantó lentamente y, al asomarse por la ventana, vio a un grupo de niños y niñas cruzando las pasarelas elevadas, moviéndose ágilmente entre los árboles camino a la escuela. Aya los observó hasta que desaparecieron entre la vegetación. El desayuno fue un momento cálido y





comunitario: frutas frescas, pan de yuca horneado y charlas animadas. Después de comer, Nina y Aya salieron de la casa. La luz de la mañana bañaba el bosque y el aire estaba cargado de frescura.

Era el primer día de Aya como parte activa de la comunidad y, aunque no sabía exactamente qué le esperaba, estaba ansiosa por descubrirlo. Tras una breve caminata, llegaron a un espacio de cuidados compartidos: un edificio multifuncional diseñado para integrar reunión, atención médica y experimentación tecnológica. Rodeado de huertos medicinales y estanques de agua cristalina, cultivaban plantas acuáticas útiles para la alimentación y la purificación del agua. En su interior, albergaba un sistema que sintetizaba las vibraciones naturales de la tierra, el agua y el aire: la Red de Resonancia Vital.

Este sistema, profundamente enraizado en los ciclos de la vida, captaba las ondas y ritmos del entorno, traduciendo en energía renovable y datos esenciales para la gestión sostenible. Desde las ondas sísmicas hasta el murmullo del viento entre los árboles, todo era percibido como parte de un lenguaje cósmico que conectaba a la comunidad con su entorno. Las vibraciones captadas alimentaban tecnologías que combinaban prácticas ancestrales con avances biotecnológicos. Había módulos para el cultivo de tejidos, impresión 3D de prótesis biodegradables y bancos de semillas que preservaban la diversidad genética del bosque. Un sistema de inteligencia vibracional colaborativa interpretaba esta sinfonía natural, proponiendo soluciones para equilibrar las necesidades del ecosistema.





Más que una herramienta, la Red de Resonancia Vital era un puente entre lo humano, lo no humano y lo más que humano, un recordatorio de que toda vida estaba profundamente entrelazada.

En Puerto Cabuyal veintidós centros similares se extendían por el territorio, cada uno adaptado a las necesidades de su comunidad. Estos nodos vibracionales no solo conectaban físicamente a los habitantes, sino que también sincronizaban sus ritmos con los ciclos de la tierra. Durante su estancia, Aya rotaba entre estos centros, aprendiendo cómo las vibraciones podían guiar la siembra, prever tormentas o incluso restaurar la salud de los cuerpos y del suelo. Durante su estancia en Puerto Cabuyal, Aya rotaría por cada uno de estos centros, desarrollando diversas habilidades y perspectivas para descubrir su propio rol en la construcción de los pluriversos de la resistencia. A medida que pasaron los días, Aya participó en una variedad de ceremonias en las que las vibraciones del lugar se sincronizaban a través de danzas, cantos y meditaciones que transformaban las energías individuales en un solo latido colectivo. Estas ceremonias no solo eran un refugio espiritual, sino que también calibraban la Red de Resonancia Vital, asegurando la armonía entre los ritmos de la comunidad y de la Pachamama.

En su vida cotidiana Aya se sumergía en actividades que fusionaban lo ancestral y lo tecnológico. Ayudaba en los campos, donde sensores vibracionales detectaban las necesidades de las plantas. Estas señales, interpretadas por la Red de Resonancia Vital, aseguraban que los cultivos crecieran en perfecta simbiosis con su entorno. Las estructuras de las casas y caminos, construidas con





nanotecnología orgánica, vibraban suavemente con los cambios climáticos, autorreparándose y adaptándose como si estuvieran vivas. Cada amanecer, Aya se unía a la pesca, una actividad profundamente conectada con las vibraciones del océano. Las embarcaciones ecológicas, diseñadas para ser sensibles a los flujos marinos, evitaban cuidadosamente las zonas de reproducción de peces y trazaban rutas que respetaban el equilibrio del ecosistema. Cada pez capturado era mucho más que alimento: representaba un eslabón en el ciclo vital, algo que debía ser honrado y protegido para perpetuar su continuidad. Los barcos navegaban impulsados por grandes velas cuadradas que, al igual que los mástiles, captaban las vibraciones del viento y las transformaban en energía. Este proceso no solo permitía impulsar las embarcaciones, sino que generaba electricidad destinada a alimentar el puerto, el pueblo y pequeños núcleos de resistencia distribuidos a lo largo de la costa y en mar abierto. En ese sistema cada vibración recogida del océano o del viento no era solo un movimiento físico, sino una señal vital que sostenía el tejido interconectado de la comunidad y el entorno.

En sus momentos de descanso Aya se unía a las reuniones nocturnas con las matriarcas del lugar. Alrededor del fuego las mujeres compartían historias sobre cómo las vibraciones conectaban a los seres humanos con la naturaleza y que tejían la memoria colectiva de la comunidad.

—Las vibraciones son nuestro legado más antiguo y nuestra guía más sabia —sostenía Nina con fervor—. A través de ellas escuchamos el pasado, sentimos el presente y preparamos el camino para los que vienen.





Estas palabras resonaban en Aya mientras caminaba por los campos al atardecer, sintiendo cómo el latido del universo se sincronizaba con el suyo. Cada vibración que percibía era un recordatorio de la resistencia, tranquila pero poderosa, de Puerto Cabuyal que contenía no solo vidas futuras, sino ecos del pasado y promesas para los que aún no habían llegado. Durante estas reuniones comprendió que su misión era más grande que ella misma: debía ser una guardiana de este equilibrio vibracional, un puente entre las comunidades y el tejido vivo que las sostenía. En este rincón del mundo la resistencia no era un acto de confrontación, sino un baile armonioso con las vibraciones del cosmos.

* * * * *

El último centro de cuidados donde Aya colaboró fue la Escuela Nueva Esperanza, un nodo clave de la Red de Resonancia Vital. Más que una escuela era un espacio donde aprendizaje, innovación, cuidado comunitario y conexión espiritual se fusionaban. Su arquitectura viviente reflejaba el equilibrio entre tecnología avanzada y naturaleza: muros de biomateriales respiraban al ritmo del entorno, ajustando la temperatura y la humedad para mantener un microclima ideal, mientras los techos iridiscentes convertían la luz solar en energía, proyectando suaves patrones que evocaban las ondas del océano.

Desde el momento en que Aya cruzó las pasarelas flotantes hacia la escuela, sintió la magia del lugar. Bajo el follaje de los árboles, niñas y niños exploraban estructuras que transformaban las vibraciones del suelo, el aire y el





agua en aprendizajes sensoriales. Caminaban descalzos entre hierbas aromáticas que liberaban sus fragancias al tacto, tocaban paneles que respondían con luces y sonidos, y trepaban estructuras que imitaban raíces y ramas. Sembraban semillas, cuidaban brotes y observaban cómo las abejas polinizaban las flores, mientras las abuelas y los abuelos compartían historias ancestrales y enseñaban técnicas tradicionales. Estas actividades no solo conectaban a las niñas y los niños con el ecosistema, sino que también fortalecían los lazos entre generaciones.

Dentro de la escuela, las aulas se transformaban según las necesidades: laboratorios para explorar la biología de las plantas y aprender a programar sistemas de monitoreo del ecosistema, espacios ceremoniales para la comunidad o salas inmersivas donde hologramas mostraban el crecimiento de una semilla, las migraciones de las aves o el flujo de los ríos. Una inteligencia artificial integrada analizaba las vibraciones del entorno y proponía actividades alineadas con los ritmos naturales, ayudando a las y los estudiantes a entender su lugar dentro de un sistema más amplio. Aya quedó especialmente fascinada por el papel de las y los ancianos en la escuela. Sus relatos, llenos de sabiduría ancestral, estaban acompañados por visualizaciones generadas a partir de datos vibracionales históricos, recreando paisajes del pasado y proyectando posibles futuros. En uno de estos encuentros, Aya ayudó a un grupo de niñas y niños a codificar mensajes en patrones de vibración, creando un «lenguaje del suelo» que luego compartieron con las raíces de los árboles cercanos, reforzando simbólicamente la conexión entre generaciones y especies.



Fue en este lugar donde Aya finalmente encontró la claridad que tanto había buscado. Durante una ceremonia al atardecer, las vibraciones de la Red de Resonancia Vital se intensificaron, entrelazando los corazones de la comunidad con el latido del bosque. En ese instante, Aya comprendió su propósito: no era solo una espectadora o una aprendiz; sino un puente entre los núcleos de la resistencia, entre lo ancestral y lo tecnológico, entre los humanos y el cosmos. La resistencia, entendió, no era solo confrontación; era cuidado, esperanza y creación. Al partir Aya llevaba algo más que semillas nativas y relatos; cargaba una certeza renovada: incluso los actos más pequeños pueden transformar.

Al despedirse Nina le tomó las manos.

—Nuestras raíces están en la tierra y en nuestros sueños. Este no es un adiós, Aya. Vuelve siempre que necesites re-encontrar tu camino —le dijo.

Las dos se abrazaron con fuerza. Aya partió con el corazón encendido, sabiendo que cada paso, cada historia y cada semilla que plantara en adelante sería parte de una revolución silenciosa. Mientras avanzaba hacia el horizonte, las semillas en sus manos eran promesas de un mundo donde caben muchos mundos. Sentía los ecos de la comunidad caminando con ella, y cuando el viento acarició su rostro, sonrió al escuchar su susurro: «La resistencia ya está aquí, el cambio ya ha comenzado».



Ilustración de Francisco Cordovez.

Ciudades de mujeres libres

Nicolás Cuvi

Desde la silenciosa cabina del piloto, con una vista de 360 grados, el pacificador Francisco observó a la meseta quiteña alejarse. Adelante estaba despejado, sin señales de lluvia hasta donde llegaba la vista. La nave tampoco transmitió alerta meteorológica alguna acerca de tormentas, así que decidió relajarse. Dio una instrucción verbal y el aparato confirmó la conexión del piloto automático. Rebufó dos veces, su forma de dar por terminado algo.

Observó el paisaje montañoso. Algunos colosos tenían un pequeño sombrero, resultado de las nevadas de la noche anterior. Cubiertas efímeras que durarían apenas unas horas hasta que la nieve se derritiera y retornara el horizonte árido de los Andes del siglo XXIII. Bonito, sin duda,



pero ni ese brillo ni las perspectivas de un tiempo agradable para el viaje aliviaban sus recurrentes pensamientos incómodos, la certeza de estar cumpliendo, quizás, su última misión oficial hacia la isla.

En la celda inferior transportaba a uno de los póstumos violadores en su ciudad. «Quizás el último», pensó. «Acaso solo es malo para mí». Pidió en voz alta pastillas de café y moras, condujo sus corpulentos dos metros de altura hasta la estación de agua caliente, disolvió los comprimidos en el termo y rebufó tres veces.

En un mes festejaría su septuagésimo cumpleaños. Imposible posponer por más tiempo su jubilación, muy a su pesar. No se sentía viejo, pero lo era. Su hirsuto pelo, desaparecido por sitios, había encanecido hacía algunos años. Con una esperanza de vida de cien años, ¿qué haría en los treinta siguientes? No había hecho planes, pensó que este momento nunca llegaría. Le gustaba capturar a los malos, aunque cada día le costaba más lograrlo. Su musculatura estaba tonificada, aunque su velocidad había mermado, como quedó claro durante los entrenamientos comunitarios en el parque, cuando llegó entre los últimos de la carrera de dos kilómetros. Otrora solía ser el primero, con ventaja. Resopló dos veces hacia arriba, agitando un churo cano rebelde sobre su frente. Ingirió con desatinada prisa las moras congeladas y sus dientes explotaron.

Debajo de él iba perdiéndose la ciudad o lo que se intuía de ella. De la superficie emergían edificios modernos cubiertos de verde y amarillo vegetal, distinguibles por sus





formas puntiagudas y marcadas esquinas. También sobresalían, en algunos sectores, moles ruinosas de concreto y hierro. Antes lujosos departamentos con vistas, desde hace tiempo eran inhabitables por la intensa radiación diurna. Más de cien años de abandono humano habían dejado su huella, desde que las actividades en exteriores se limitaron al alba y crepúsculo o paseos y trabajos durante la noche. Algunas ruinas fueron cubiertas con paneles biosolares, en otras anidaban o dormían cóndores o rapaces que, como los humanos, se habían adaptado a una vida exterior crepuscular y nocturna.

La abundante y densa cobertura vegetal mantenía un continuo hacia las áreas silvestres, con árboles de pumamaqui, arrayán, cedro, aliso, capulí. Varios tenían frondosas copas y más de cien años de edad, y eran llamados *guardianes* porque protegían de la radiación y la contaminación. Francisco se sentía identificado con esas formas de vida; él también era un protector de las ciudades y su gente. No obstante, la mayoría de las personas desconocía a esos guardianes vegetales, pues prefería quedarse bajo tierra, con luz artificial y temperatura estable en aposentos, estancias, centros comunitarios, cajas de realidad virtual u otros sitios de esparcimiento, ubicados dos o tres niveles bajo el suelo. Se las denominaba ciudades de topos, aludiendo a unas especies extintas de ojos diminutos, que solían construir y habitar extensas galerías subterráneas.

Entre las estructuras de los exteriores, Francisco prefería las iglesias, sitios de culto espiritual del pasado. Iba solo, pues sus dos hijas, al igual que sus madres, preferían las





cajas de realidad virtual. Si les proponía ir al exterior, lo llamaban anticuado, estableciendo que aquello no armonizaba con los tiempos actuales. Quizás era anticuado, un viejo con pasatiempos caducos. Esos lugares históricos lo ayudaban a relajarse, meditar, encontrarse consigo mismo, recargarse para la vida comunitaria. A veces hasta se formaban grupos que compartían dudas, temores, inseguridades y proyectos.

Hubo un tiempo en que a las mujeres importantes de su vida, sus dos hijas y las respectivas madres, les recriminaba que pasaran enganchadas a fantasías y desconocieran el mundo exterior, tan diferente del mundo subterráneo. «Ni siquiera han tomado las pocas oportunidades que han tenido para volar en aerodeslizador», suspiró. Para ellas, las otras ciudades y regiones, no se diga las islas de plástico que flotaban en el océano, donde se dirigía para entregar a su prisionero, no les atraían lo suficiente como para moverse.

Si se trataba de engendrar, los hombres viajaban, aunque la mayoría de las mujeres prefería que los padres fueran de la misma ciudad. ¿Para qué desplazarse, a veces durante largas semanas a pie, enfrentando los riesgos de mal clima o los inescrupulosos salteadores rurales? Muchas mujeres preferían conocer otras ciudades a través de cajas de realidad virtual o de narraciones de visitantes de otros sitios.

Los encuentros mediados por las cajas de realidad virtual, donde personas de diverso origen podían encontrarse





con imágenes tridimensionales reales, eran energéticamente menos costosos y riesgosos para la dispersión de epidemias. Ellas no eran del tipo que buscaba aventuras y largos viajes, menos aún se embarcarían en cruceros hacia otros planetas, asteroides o megaciudades medidas en el vacío espacial. Tampoco querían recorrer el mundo a pie ni en barco.

Con el tiempo dejó de recriminarles. Aceptó que eran producto de su época. La Gran Desconexión, la escasez energética ocasionada por los singulares y fuertes pulsos solares de mediados del siglo XXI, junto con las epidemias, habían impulsado aislamientos y procesos autárquicos en las ciudades. Cuando los primeros satélites cayeron y otros componentes electrónicos se fueron deteniendo, hubo un caos supremo. Ni siquiera los países con mayores reservas se atrevieron a ir más allá de sus fronteras.

Décadas después, con las comunicaciones electrónicas y las fuentes de energía restauradas, aunque limitadas, se retomaron los viajes, a escala mucho menor y sobre todo para mantener la cooperación planetaria. Los viajeros frecuentes eran pacificadores, diplomáticos y estudiantes. Se permitía que cada ciudadano viajara una vez cada cinco años en aerodeslizador colectivo hacia una ciudad cercana o cada ocho años a una lejana. Quien lo quisiera podía moverse a voluntad, a pie o en veleros de diferente escala; grupos de jóvenes se organizaban para explorar el mundo de esa forma. Varios no regresaban, fascinados por otras ciudades.





Francisco había usado cada uno de sus asiduos viajes en aerodeslizador para visitar ciudades cercanas. Le interesaba pasear y fortalecer vínculos con pacificadores en Lima, Cusco, Trujillo, Cuenca, Guayaquil, Cali, Bogotá, Medellín, Cartagena... Cursó sus estudios en cajas de realidad virtual y entrenó artes marciales en *dojos* locales. Rindió exámenes durante cinco años y luego otros cinco de entrenamiento con maestros pacificadores. Había visto muchas cosas. Pero las mujeres de su vida ni siquiera querían ir a Guayaquil. Quiso rebufar, pero se contuvo.

Abandonó la cabina del piloto y enfiló hacia la zona de carga. Se ubicó frente a su compañera y aprendiz de los pasados tres años, Selena, quien miraba con aire distraído hacia la celda energizada de barrotos traslúcidos, donde el prisionero parecía entre dormido y extraviado. «Por lo menos no grita ni llora», pensó aliviado Francisco.

Sintió la recurrente angustia que le ocasionaba pensar que este sería su último viaje entre Quito y las islas de plástico. Parte fundamental de su vida era moverse en aerodeslizador sobre ciudades, montañas y mares hacia esos lugares. Había pasado cincuenta años recorriendo las cinco horas entre Quito y los vórtices del océano Pacífico donde flotaban las islas de plástico. Por lo menos cien viajes.

¿Qué pasaría con su oficio ahora? Los pacificadores urbanos habían sido un gremio notable, pero hoy conformaban una profesión en vías de extinción. Capturar y transportar actores violentos, incendiarios de bosques o plantaciones, torturadores de animales, feminicidas y violadores, era cada vez menos necesario.





—En estos días dan más trabajo los salteadores rurales —rumió—. Pero no son prioridad, están dispersos y se limitan a robar baterías y comida, casi nunca a violar o asesinar.

Cada tanto aparecían anomalías violentas con las mujeres en las ciudades. Casos raros. Por razones inentendibles para él y gran parte del público, aquellos personajes recurrían a la fuerza como mecanismo para obtener lo que querían. ¿Por qué no iban a los dojos o a los *rings* para sacar esa energía violenta, su deseo de sangre y dominación?

Se decía que las anomalías querían dominar sin consentimiento. Más de un *influencer* con millones de seguidores en las cajas de realidad virtual aseguraba que habían enloquecido por mirar demasiados contenidos violentos producidos hasta el siglo XXI; por ello, más de una persona clamaba por restringir el acceso a ciertos contenidos de la Biblioteca Pluriversal, aunque se sabía que era tarea imposible. Espejos de esa biblioteca estaban en servidores de toda la Tierra, en los planetas habitados y en estaciones espaciales. Se consideraban contenidos de mal gusto, pero estaban ahí y tenían asiduos consumidores.

—Odié revisar esos videos en mis cursos de pacificador —gruñó.

—El mundo ha cambiado rápido. Demasiado rápido para mi gusto —le dijo a Selena, quien apenas torció la mirada.

Se fijó en ella para cambiar de pensamiento, le agradaba su atractiva aprendiz. Más grande que él, inusual e





intimidante, ideal para persecuciones y capturas. Mascaba pastillas de lavanda con la mirada clavada en el prisionero, una mirada neutra que podía significar cualquier cosa. Francisco apreciaba esa neutralidad, el olor de lavanda y el silencio, que le evitaban el desgaste de conversaciones inútiles. Los escasos diálogos que habían tenido sirvieron, desde el primer día, para entender que a ella poco le importaban los porqués y para qué del trabajo. Quería acción, persecuciones, detenciones, pesquisas, que no abundaban. Llevaban tres años sin detener un intento real de violación en Quito, una eternidad. En otras ciudades habían pasado más de treinta años así. La última violación real en Quito había ocurrido cincuenta años antes, cuando Francisco era aprendiz de pacificador. El último feminicidio había ocurrido cien años atrás. Algunos todavía lo intentaban, casi nadie lo conseguía. Para Selena era su primer traslado y captura real.

Regresó a la cabina superior para monitorear las condiciones atmosféricas. No confiaba en los meteorólogos, el tiempo era más complejo que una serie de mediciones y la experiencia le aconsejaba mantenerse atento. La nave mantenía su elevación de crucero, dos kilómetros de altura. Sobrevolaron la ciudad de Manta, amarilla y seca, menos habitada que las tierras altas. Distinguió ruinas de barrios periféricos del siglo XXI, territorios distópicos que llamaban poderosamente su atención. En Quito estuvieron conformados por cientos de miles de frágiles habitaciones erigidas con bloques de cemento y delgadas varillas de hierro oxidado. El descenso de la población por las epidemias llevó al abandono de esas viviendas precarias. Pocas familias se quedaron. Las viejas fachadas se habían





convertido en entradas a aposentos subterráneos, salvo en las casas construidas en laderas, siempre afectadas por aluviones en el pasado, hoy reclamadas por especies andinas y oportunistas venidas desde tierras bajas por el aumento de la temperatura. No comprendía cómo la gente pudo habitar en condiciones tan precarias.

Partes planas de la meseta quiteña, antes cubiertas de asfalto y cemento, fueron reconvertidas en huertos. Trabajadores agrícolas hacían turnos por la noche, con luz artificial, en invernaderos o a la intemperie, a veces apoyados por ventiladores y calentadores para combatir las heladas. Criaban animales, cultivaban vegetales y hongos. Los mayores propulsores de esos sistemas, *agropops* de todas las ciudades, sostenían que así se enfriaba el planeta diurno y se creaban sumideros de carbono. Sus detractores, los *robopops*, sostenían que bastaban máquinas para hacerlo, ante lo cual los *agropops* argumentaban que era dañino que la gente se pasara en cajas de realidad virtual. Recordaban que esas desconexiones aceleraron las epidemias. Y que antes la gente creía que la comida crecía en mercados o máquinas dispensadoras, que llegaba mágicamente hasta las ciudades. El movimiento Agropop enseñaba que los huevos eran puestos por gallinas, que esas gallinas controlaban plagas en los cultivos, que las abejas se alimentaban de flores reales y que todo ayudaba a tener alimentos. Aludían al brutal impacto de los pesticidas, conocido sobre todo a partir de un influyente libro del siglo XX, *Primavera silenciosa*.

Pidió en voz alta un pronóstico actualizado del tiempo. Su turbación ante las tormentas era una obsesión,





especialmente sobre el océano. Temía las súbitas e intensas cortinas de agua blanca, trombas fortísimas que caían sin previo aviso. En las montañas no ayudaban al aerodeslizador y podían interrumpir las comunicaciones, muchos violadores las aprovechaban para intentar sus fechorías. Pero en el mar eran mortales. Un mapa se desplegó ante él: cero lluvia.

Regresó a la cubierta inferior, donde Selena continuaba en la misma posición. ¿Analizaba al prisionero o solamente lo vigilaba? La anomalía babeaba un poco y murmuraba. Nada de qué preocuparse, momento de entretenerse durante una hora. Regresó a la cabina del piloto, se enfundó el casco y procuró distraídamente en uno de sus repositorios favoritos: «El Cambio de Era».

Su entendimiento de la historia era limitado, siempre con dudas acerca de las interpretaciones de guionistas de documentales o de *influencers*. Había demasiada información y sentía que carecía de filtros adecuados para seleccionarla. Él entendía sobre persecuciones, detenciones, anómalos violentos. Aun así, tenía claras algunas cosas: el papel de las epidemias, y el de los pulsos solares y la Gran Desconexión.

Las epidemias del siglo XXI habían sido cruciales. Primero aparecieron virus en Asia, algunos salidos de laboratorios, por torpeza o deliberadamente, nadie lo supo jamás. Luego proliferaron. Se hablaba de una venganza de la naturaleza, porque la gente maltrataba a los animales domésticos, a los útiles para alimentos, fibras, vacunas o





experimentación médica, a los de compañía. Vacas, gallinas, cerdos y otros animales vivían apiñados y hormonados en granjas. «Desagradable comerse un pollo con hormonas, casi tanto como un tomate con tóxicos», pensó. Además, se cazaban millones de animales silvestres y se aceleraba la deforestación.

La pandemia de covid-19 de 2020 tuvo relación con esos procesos. Se esparció rápidamente. Lutos y confinamientos dejaron secuelas, aunque lo peor vino años después: un mortífero virus que se transmitía por el agua y el aire. Los sobrevivientes comenzaron a pensar más en lo local, en subsistir bajo contratos más pacíficos. Hubo nuevas epidemias, algunas contenidas a niveles continentales. Viajar se volvió difícil; países enteros cerraron sus fronteras durante años. Dejaban salir pero no reingresar. Las historias de personas atrapadas lejos de sus hogares fueron dramáticas, nadie se atrevía a irse lejos. Si marchabas, podía ser para siempre.

Luego vinieron los pulsos solares y el fin de las comunicaciones con la Gran Desconexión. Parecía algo metafísico. Las primeras ciudades en hacer cambios radicales coincidieron con aquellas donde había menos violencia y corrupción. Hastiadas de los Estados y de los políticos que no hacían nada salvo discursos floridos, las poblaciones tomaron las riendas. No fueron agresivos, aunque algunas cosas requirieron cierta fuerza, en particular ante quienes siguieron aplaudiendo el culto a la violencia, a la dominación de clase, económica, racial. Una de las primeras acciones fueron las cárceles para feminicidas. Conforme más





ciudades iban transformándose, hubo menos feminicidas y violadores. Entonces, para optimizar los esfuerzos se crearon unos espacios mundiales para juntar a las anomalías y de paso mejorar en algo la polucionada situación de los océanos.

Desde el siglo XX varios vórtices oceánicos habían concentrado islas de plástico, vastas distopías flotantes con los desperdicios de la civilización de los combustibles fósiles, que se degradaban y soltaban microplásticos tan indetectables como tóxicos. En cada vórtice se colocaron unas enormes máquinas que juntaban los plásticos en una isla compacta de varios metros de altura. En aquel artilugio, que se movía como una descomunal balsa multicolor, fueron desterradas las anomalías, condenadas de por vida a recoger plásticos que seguían sobrenadando por ahí, llevándolos hasta las partes altas. Se les enviaba comida y agua, y se había dejado a su albedrío la organización social, con ciertos límites.

Las historias sobre aquellos términos mezclaban mito y leyenda, inclusive para visitantes recurrentes como los pacificadores. Al principio se creyó que derivarían en sistemas caóticos situados en ninguna parte. Incapaces de reproducirse, poco a poco las poblaciones de esas islas fueron mermando y se decía que en algunos casos se volvieron pacíficos. También que la inceptión de esas cárceles, junto con la idea de un potencial destierro de por vida, funcionaron como disuasorio. Fue cesando la corrupción y, con mayor lentitud, las violaciones.

Francisco escogió un documental sobre el cambio en las relaciones entre hombres y mujeres, *Ciudades de*





mujeres libres. Lo había visto algunas veces. Exponía que, antes de la Gran Desconexión y el Cambio de Era, las urbes eran dominadas por hombres. Pero su abuela había sido libre de escoger, al igual que su madre, esposa e hijas; sus nietas también lo serían. Habían elegido tener o no hijos, cuántos y cuándo. Nadie las obligó por la fuerza de la violencia física o social. Antes eran violadas, desde muy jóvenes, u obligadas por cuestiones metafísicas o simplemente por abuso de poder, a tener progenie. Eran abusadas en sus casas, en iglesias, en calles, en caminos, hasta en centros educativos. Vejadas en la televisión y en el arte. «Ser mujer era vivir en riesgo», repetía la voz en *off*. En el Cambio de Era eso fue quedando atrás por la acción de los pacificadores y el envío de las anomalías a las islas oceánicas de plástico.

El documental advertía que entre los primeros opuestos a que las mujeres decidieran, escogieran, aceptaran o rechazaran, estuvieron los autodefinidos socialistas o progresistas. Les daba vértigo que aquello socavara sus posibilidades de que unos pocos decidieran el destino de muchos a partir del autoritarismo. En Quito como en otros sitios requerían la continuidad de poblaciones dominadas y pobres. Era fundamental controlar a mujeres que reprodujeran tristeza y sumisión. Había historias de algunas declarándose abiertamente reverentes a sus líderes hombres. Los que se llamaban capitalistas vieron con gusto esas resistencias fútiles y desesperadas. Especularon que, como en otras ocasiones, los mercados se adaptarían e impondrían; no contaban con la inercia que había suscitado el Cambio de Era. Debían irse todos los que sustentaban su vida en la dominación de pobres, de mujeres,





y que tenían una obsesiva violencia contra la naturaleza, a la que llamaban recurso. La voz en *off* dijo: «Fue un mundo demasiado confundido, manipulado por pocos, asentado en estériles pensamientos».

También se opusieron al fin del patriarcado los católicos y sus predicadores. A Francisco le resultaba difícil entender esas prácticas religiosas. Había una suerte de control colectivo basado en el miedo, que había sido muy eficaz y había permitido una milenaria acumulación de tierras y dinero. Algunos videos de la Biblioteca Pluriversal mostraban ritos con gente moviéndose de arriba abajo, cantando al unísono, arrodillándose, haciendo largas filas para recibir una galleta muy delgada, flagelándose en ocasiones. Se decía que su ideología fue la más patriarcal. En sus libros castigaban a las mujeres, las nombraban inferiores, eran señaladas por las desgracias humanas acaecidas desde un momento denominado pecado original. No les permitían liderar espiritualmente.

La voz en *off* terminó con frases emocionantes sobre el presente y el futuro que poco le interesaban. Todavía distraído por el contenido del documental, se retiró el casco, revisó la información meteorológica, atisbó sin mayor convicción hacia todas partes, resolvió que no había riesgo y volvió al repositorio. Esas historias tenían la capacidad de abstraerlo y hasta distraerlo peligrosamente de sus obligaciones. Escogió un archivo sobre las nuevas artes marciales y los *rings*, sitios decisivos en el Cambio de Era.

Comenzaba con imágenes de peleas de inicios del siglo XXI, y una gruesa voz en *off* relataba de manera





pausada, algo sensacionalista: «Violencia, sangre, conflictos, adrenalina... Comunes hace tiempo, todavía lo son, pero ahora aceptadas por las partes involucradas. Nadie sufre un golpe o agresión sin quererlo. ¡Todo gracias a... los *rings*!».

Aparecían entonces publicidades de los gestores de los *rings*, en casi todos los casos gobiernos de ciudades que se financiaban con las entradas, retransmisiones y venta de una multifacética parafernalia de objetos y productos. Sangre y euforia colectiva, griterío apasionado e histérico, deslumbrantes anuncios, habían sustituido a otros deportes de coliseo, estadio y pista antes populares. Peleas entre hombres, entre mujeres, mixtas. Cualquiera podía participar desde los veinte años, bajo acuerdos muy claros. Había también quienes se contentaban con acudir a los *dojos* para entrenar, en ocasiones, con simuladores, sin sangre ni ruido. Una minoría.

Combates y conflictos estaban limitados a los *rings*, y nunca tantas personas habían sido duchas en artes marciales. Abundaban las academias y *dojos* de karate, taekwondo, kung-fu, aikido, judo, vale todo. Especialmente en fines de semana, los *ring* eran más visitados que las cajas de realidad virtual. La gente amaba las peleas sin muerte, para verlas o participar. Técnicas como el *fu-ta-ya*, que tenía unas tres décadas, envolvían ingredientes de la lucha libre y tuvieron que ser rápidamente reguladas, por los numerosos accidentes en casa durante prácticas sin guía ni supervisión. Experto en artes marciales antiguas y modernas, cuando sentía deseos de golpear a alguien, Francisco se acercaba al *ring* local, escogía la modalidad con





protectores, terminaba abrazado de su rival y luego bebiendo cerveza en silencio. El video reiteraba que, como sucedía con la voluntad de las partes, los *rings* fueron una buena forma de prevenir el apareamiento de anomalías.

Ya sobrevolaban la monumental isla de plástico y la nave anunció que llegarían en treinta minutos al aeropuerto oceánico. Francisco divisó la montaña donde se acumulaban los materiales y las estructuras construidas por los residentes. Aunque ya no se producían nuevos plásticos, continuaban llegando desde todas partes para ser compactados y colocados como bloques adicionales cada vez más arriba.

Desconectó el piloto automático y maniobró para atravesar, a una altura de quinientos metros, la amenazante cerca eléctrica que aislaba la pista de aterrizaje. Antes hubo intentos de desterrados por capturar naves y, aunque rápidamente evitados por los protocolos, la cerca recordaba los potenciales problemas. A la isla se obtenía un pasaje de ida y de por vida. Grupos de derechos humanos lo consideraban cruel, pero tampoco había ciudad alguna abierta a recibir a esas personas de regreso ni los querían en las florestas.

El aerodeslizador desplegó tres ruedas y aterrizó de forma vertical. Selena desactivó la celda e hizo levantar al prisionero, que se dejó llevar cabizbajo y en silencio. A Francisco no le importaba quién era; su curiosidad por las anomalías había desaparecido hace mucho. Antes intentaba ayudarlos, mostrarse empático ante su *shock*. Varios se





mostraban arrepentidos, clamaban haber visto demasiados videos y enloquecido por experimentar la dominación. Empezaron destruyendo árboles, luego matando animales de forma clandestina, finalmente mujeres.

Esta anomalía había intentado violar a una mujer en un área abandonada de un parque metropolitano, atacándola mientras se ejercitaba al alba. La joven activó el botón de auxilio de su reloj y, en menos de cinco minutos, llegaron diez drones para hacer ruido, filmar y dispersar gas aturdidor. El hombre, preparado, logró derribar cinco, pero llegaron más. Todo ganaba tiempo. La víctima se defendió, había estudiado artes marciales, le gustaban los *rings*. Quince minutos después Selena y Francisco lo perseguían entre la vegetación. Ella lo alcanzó y sometió, él los alcanzó un minuto después.

Una fortaleza de concreto era la única estructura en el aeropuerto. Ahí, una formidable puerta conducía a un largo túnel por el que caminó el prisionero, rumbo a la flotante isla de plástico. Francisco resopló un par de veces.



The background of the page is a dark grey color with a pattern of stylized, light grey leaves and branches. In the lower right quadrant, there is a white, semi-transparent graphic of a circuit board with various components and lines. The title is written in a large, bold, black sans-serif font, with the words 'El Pupo' on the first line, 'y los secretos' on the second, and 'del oro que no brilla' on the third.

El Pupo y los secretos del oro que no brilla

María Belén Cevallos Enríquez

El año 2200 trajo paz al Carchi, un lugar donde la vida florecía gracias al cuidado colectivo de su gente y la resistencia de su ecosistema. Las montañas seguían cubiertas de frailejones que bailaban con la neblina matutina, los ríos fluían puros y cantaban melodías antiguas que recordaban los tiempos en los que los humanos apenas entendían la conexión sagrada entre el suelo que pisaban, las vidas que cultivaban y los animales. Estos animales, que alguna vez estuvieron al borde de la extinción, ahora caminaban libres.

Esta tierra no permitió la explotación del oro y pudo frenar las heridas que abre la minería. Por decisión colectiva, hace siglos, el oro permaneció enterrado, dejando brillar algo más valioso: un ecosistema en equilibrio y



la memoria de una comunidad comprometida con su entorno. Pero esa calma que parecía eterna se agitaba ahora con un leve murmullo, como si la tierra misma reviviera una memoria enterrada.

El Pupo, un hombre de mirada serena y rostro curtido por el viento del páramo, caminaba junto al río Camumbí. El río Camumbí era el guardián del valle. No era solo agua, sino un ser vivo que había visto generaciones nacer y desaparecer. Fluía con un ritmo sereno, llevando consigo historias que susurraba a los árboles y a los frailejones en los páramos. El río, como si tuviera una personalidad propia, reflejaba imágenes del pasado en su superficie. El agua era clara, pero en sus ondas aparecían sombras de máquinas perforando montañas, de bocaminas abiertas y del cielo ennegrecido por la ambición. Camumbí tenía un don: recordaba. Cada piedra en su lecho y cada curva en su recorrido eran un archivo vivo de lo que había sido y de lo que podía ser.

—¿Lo sientes, amigo? —preguntó el río con una voz que parecía surgir del viento que pasaba entre las piedras—. La amenaza vuelve. No son las mismas máquinas, pero el peligro es real.

El río Camumbí dejó caer una lágrima cristalina que tomó la forma de una cascada mientras recordaba imágenes del pasado reflejadas en su corriente.

—Hubo un tiempo —comenzó— en que mis aguas llevaban vida, pero la extracción de oro las transformó en un veneno que quemaba todo lo que tocaba. Mis peces





murieron, las ranas dejaron de cantar y los niños ya no podían jugar en mis orillas. Las explosiones en las montañas no solo arrancaron metales, sino también los nidos de los cóndores y los refugios de las dantas. El aire se volvió pesado y oscuro, y los frailejones, guardianes de la humedad del páramo, comenzaron a marchitarse. Fue como si la vida misma retrocediera, dejando un silencio aterrador donde antes había armonía.

Huarmi, un gigantesco árbol, dejó escapar un suave suspiro, mientras asentía con las hojas.

—Lo vi todo —dijo—. Vi cómo las máquinas abrieron heridas en nuestra tierra y cómo esas heridas no sanaron por generaciones.

El Pupo se inclinó hacia el río y sumergió sus dedos en el agua helada.

—Pensé que habíamos ganado esta batalla. Mi padre y los suyos lucharon para que esta tierra permaneciera intacta. ¿Qué podemos hacer ahora? Habla, viejo amigo, y dime lo que sabes —se lamentó.

Antes de que el río pudiera responder, se adelantó Imbaya, el frailejón más antiguo del páramo. Sus hojas doradas atrapaban la luz del sol, y sus raíces, conectadas profundamente con la tierra, parecían transmitir un mensaje urgente.

—El peligro no es como antes —dijo con su voz grave y pausada—. Ya no son hombres con máquinas, sino





mentes que nos quieren controlar desde la distancia. Siento en mis raíces una vibración que no debería estar ahí.

Mientras los dos hablaban, Uma, un oso de anteojos, emergió de entre los arbustos. Sus pasos eran silenciosos, pero sus ojos lo decían todo: había visto algo. Uma, con su porte imponente, era el protector de las alturas. Se había mantenido vigilante durante generaciones, cuidando a los más pequeños y asegurándose de que ningún extraño perturbara el equilibrio del Carchi.

—Vi drones —dijo Uma, mientras el viento movía su pelaje negro y blanco—. Vienen desde las tierras vecinas. No tienen olor, pero se mueven con una intención que no comprendo.

El Pupo se puso de pie y observó a sus compañeros: el río, el frailejón, el árbol y el oso. Cada uno representaba un fragmento del ecosistema que había jurado proteger. Sabía que no podía enfrentar esta amenaza solo, pero también entendía que su comunidad no había olvidado las lecciones del pasado. Reunió a los habitantes del Carchi bajo las ramas de Huarmi, el árbol sagrado. Allí compartió las visiones del río y las advertencias de Imbaya, Huarmi y Uma. Los ancianos recordaron cómo, siglos atrás, la minería casi destruye su tierra: los frailejones fueron arrancados, el agua se contaminó y los animales huyeron. Pero fue la unión de las comunidades lo que permitió salvar al Carchi. Las familias dejaron de lado sus diferencias, los científicos y activistas llevaron su causa al mundo, y, juntos, construyeron un futuro donde la naturaleza prevaleció.





—Ahora enfrentamos algo diferente —sentenció el Pupo, mientras miraba a los niños que escuchaban atentos—. No son hombres los que amenazan nuestra tierra, sino máquinas que no sienten, no piensan y no se detendrán. Pero tenemos algo que ellas no: el espíritu de esta tierra y la memoria de quienes lucharon antes que nosotros.

Quilla, la inteligencia artificial creada para proteger al Carchi, se activó desde su santuario en el volcán Chiles. Aunque su voz no era humana, transmitía una calidez y una claridad que tranquilizaban.

—Detecto actividad en la frontera —dijo—. Son drones programados para mapear y buscar recursos. Si encuentran depósitos de oro o metales raros, enviarán más máquinas. Pero puedo detenerlos... si me permiten usar la energía que fluye bajo el bosque de El Ángel.

El silencio cayó sobre la asamblea. Todos sabían que el bosque de El Ángel era sagrado, un lugar intocado, donde los árboles y los animales vivían en perfecta armonía. Aceder a esa energía podría significar alterar ese equilibrio. Pero si no lo hacían, todo el Carchi estaría en peligro.

—Yo iré —dijo el Pupo—. He caminado este páramo desde que era niño. Si hay una manera de tomar esa energía sin dañar el bosque, la encontraré. Pero necesito a mis compañeros: Uma, el río y el frailejón. Ellos son los guardianes de esta tierra y juntos enfrentaremos lo que venga.

El viaje hacia el bosque de El Ángel fue lento y lleno de reflexión. Imbaya iluminaba el camino con el brillo dorado





de sus hojas, mientras Uma se abría paso entre la espesura. El río Camumbí, aunque no podía abandonar su lecho, enviaba pequeñas corrientes que guiaban a los caminantes hacia el corazón del bosque. Allí encontraron un lago rodeado de árboles que parecían susurrar secretos entre ellos. En el fondo del lago brillaba una luz que parecía pulsar al ritmo de un corazón gigante.

—Esa es la energía —dijo Quilla, hablando a través de un dispositivo que el Pupo llevaba consigo—. Es lo suficientemente poderosa para detener a los drones y reprogramarlos para que reparen el daño que han causado en otros lugares.

El Pupo se arrodilló junto al lago y colocó sus manos sobre el agua.

—No tomaré más de lo necesario —dijo, en un tono que era tanto una promesa como una plegaria—. Esta tierra nos ha dado todo. Ahora debemos devolverle algo a cambio.

Con la ayuda de Quilla extrajeron la energía utilizando un método que no perturbó las raíces de los árboles ni las aguas del lago. Cuando regresaron al pueblo, los drones habían comenzado a cruzar la frontera. Eran muchos y su presencia oscureció el cielo. Pero Quilla, ahora fortalecida, tomó control de ellos con una precisión que parecía mágica.

—Reprogramados —anunció Quilla—. Estos drones trabajarán ahora para restaurar los ecosistemas que





destruyeron. El Carchi está a salvo, y otros lugares tendrán una segunda oportunidad.

El pueblo estalló en vítores, pero el Pupo, Imbaya, Uma y Camumbí sabían que la lucha nunca terminaba. El liderazgo del Carchi y la unión de su gente habían sido cruciales para superar esta crisis, pero la memoria de la tierra les recordaba que siempre habría amenazas. Esa noche, bajo un cielo lleno de estrellas, los habitantes del Carchi juraron proteger su tierra y enseñar al mundo las lecciones que habían aprendido: el verdadero oro no está bajo la tierra, sino en el agua, los árboles y los animales que comparten la vida con nosotros. El Pupo, con una sonrisa tranquila, vio a los niños que corrían entre los frailejones y supo que, mientras hubiera memoria, habría esperanza.

Las llamas de una fogata iluminaban los rostros de la comunidad; el frailejón Imbaya, cuya sabiduría se extendía a lo largo de los siglos, habló con un tono solemne que pareció resonar en las raíces de la montaña.

—Proteger esta tierra requiere más que valentía en momentos de peligro —dijo, con sus hojas plateadas moviéndose con el viento—. Cada acto cuenta: plantar un árbol, dejar que los ríos fluyan libres y respetar la vida que nos rodea. Recuerden que los frailejones solo sobreviven donde hay equilibrio. Si ellos desaparecen, también lo hará nuestro futuro. Tengan presentes siempre estas enseñanzas...

—Es un deber enseñar a cada generación que el verdadero progreso no está en tomar más, sino en aprender a vivir





con menos. Debemos limpiar lo que ensuciamos, reparar lo que rompemos y dar tanto como recibimos. Recuerden cuidar el agua, porque ella es el primer respiro de la vida —añadió el Pupo con una voz clara y firme, inspirado por las palabras del frailejón.

Mientras respiras el aire frío del páramo, te enamoras de la sombra de los árboles y percibes el olor de la humedad del musgo, pregúntate: ¿Qué puedo hacer para que el páramo siga bailando cuando ya no estemos aquí?



Vicuñas, humanos y el Taita Chimborazo

Tania I. González-Rivadeneira

Es el año 2200, una bolsa plástica se agita en el viento bajo una roca. En sus cercanías se ve un letrero de lo que en otro tiempo fue la Reserva de Producción de Fauna Chimborazo, corre a lo lejos una manada enorme de vicuñas. Son un manto café que pasta a lo largo de kilómetros, buscando los últimos remanentes de chuquiraguas (*Chuquiraga jussieui*) que aún sobreviven a esas altitudes.

Una de las vicuñas mira al cielo, mira el Chimborazo, ve en su cima un pequeño parche de hielo, piensa en lo gigante e inalcanzable de aquella cima, baja la cabeza y se ve a sí misma, reflejada en uno de los últimos hilos de agua que recorren el territorio. La vicuña sigue el agua, impulsada por un sentimiento diferente al de su especie: ya no quiere mantenerse en manada. Recuerda que cuando nació,



cuando era un chulengo, cerca del agua habitaban humanos, ellos tenían vacas y borregos a los que encerraban, pastaban y guiaban, pero desde entonces cada vez hay menos agua, menos animales y menos humanos.

Sigue el hilo de agua, llega a una especie de caserío, muchas de las casas ahora están abandonadas y las plantas se han tomado las estructuras que antes eran para humanos. Los pocos borregos y vacas que quedan vagan libremente y se esconden en las casas de sus principales enemigos no naturales: los perros salvajes. Los humanos acostumbraban a dejar perros de diferentes tamaños y colores en las calles y en los espacios por los que ellos transitaban. Ahora, los perros son los amos de todo el territorio, ellos lo controlan.

No todos los humanos se fueron, algunos aún viven ahí, en el viejo-nuevo San Juan. Es viejo porque siempre ha estado ahí y es nuevo porque quienes lo habitan lo hacen en unas casas construidas enteramente de tierra, paja y madera. Son casas enterradas para disminuir el frío.

Los humanos que habitan el territorio del Chimborazo son diferentes a los humanos de antaño, el sol daña sus pieles, así que siempre están cubiertos, siempre buscan agua y siempre quieren asociarse. Dicen las vicuñas más viejas que, hace años, los humanos, aunque vivían juntos, no eran como las manadas, ellos estaban en pugnas constantes por todo: el agua, las tierras, los animales, por cosas que no entendían las vicuñas.





Los humanos de ahora son pocos, viven en sociedad, siempre están juntos y siempre hablan de cosas de la naturaleza. Tienen un círculo con flechas que aparentemente les guía. Hay animales que dicen que ese círculo es el que les permite existir, pero lo usan desde hace tan poco tiempo que aún no se puede saber.

Hace unos años, cuando la mayoría de las personas se fueron, lo hicieron por un enorme problema: se acabó su mundo. Había tan poca agua que ya no podían tener animales ni plantas. Iban a traerla de los glaciares, pero era tan poca el agua y tan grande el esfuerzo que no valía la pena.

Entonces desarrollaron un plan para sobrevivir, lo llamaron Plan de Gobernanza Territorial. Era un plan para poder habitar como vicuña: en las faldas del Chimborazo, para no deforestar más y para que vivan otros animales también. El plan incluía captar el agua, reforestar los páramos, sembrar más árboles y dejar que los animales y las plantas crecieran con libertad y que los humanos sembraran como lo hacían hace más de quinientos años atrás. Pero el tiempo es algo tan efímero que nuestros recuerdos de esa época se han ido perdiendo.

Ahora, en algunas ocasiones, vienen olas de humanos. Quieren llegar a la cima del Chimborazo y quienes aún habitan San Juan son quienes los llevan. Durante esos días hay mucha fiesta, bulla y luces. Los habitantes humanos de San Juan se llaman a sí mismos los sherpas andinos.





Para mí, como vicuña, el significado de sus palabras es lejano, pero me remonta a otro tiempo y a otras montañas. Los sherpas andinos disfrutaban de la llegada de los turistas y, aunque siempre hablan del Chimborazo con nieve y con su casquete blanco, eso es algo que nunca he visto en mi vida.

Cuando los turistas se van dejan cosas: bolsas, botellas, ropa. Hay cosas regadas por todas partes, y, gracias al viento, vuelan como si fuesen gorriones, mirlos y todo tipo de pájaros exóticos. El viento levanta tanto la tierra como las cosas que dejan los humanos y, mientras caminamos, las cosas se enredan en nuestras patas, se quedan en nuestro pelaje, en los árboles, y parecería que son parte del paisaje. Es como si los humanos quisieran dejar parte de lo que son en los mundos que no les pertenecen.

Hablando de pájaros exóticos, aquí había búhos, algunos cerca de nuestras manadas y otros más alejados; por todo este territorio vivían muchas aves. Un día escuché decir a los ancianos que hace muchos años, cuando el Ecuador estaba en guerra, vinieron unos humanos con ropa verde, con tanques y armas, venían a practicar con bombas y granadas, y cuando eso ocurrió se extinguieron los cóndores.

Sigo mi camino, me detengo, descubro un monumento a alguien que llaman el Humboldt. Me pregunto: cuando él pisó estas tierras, ¿era el mundo un mejor lugar para los animales? Seguro para las vicuñas no, porque antes no vivíamos aquí pero, ¿para otros animales? ¿El mundo





del que hablan los ancianos es el que anhelan los humanos? ¿Cuál es el mundo que debemos anhelar ahora los animales?

En ese mundo de antes —en las comunidades de San Juan, Chimborazo, Cuatro Esquinas y Pulinguí— las mañanas estaban impregnadas de frío y guardaban uno de los paisajes más impresionantes del Ecuador, el del volcán Chimborazo. Una montaña gigante, de 6263 metros sobre el nivel del mar, cubierta por un manto blanco. El Chimborazo estaba lejos de ser solo un volcán, para la gente puruhá y para muchos indígenas kichwas de la Sierra del Ecuador, el Chimborazo era un taita, una figura paterna que encarna la rectitud y la bondad; era una entidad con una agencia benevolente. Yo creo que una vez lo vi, ¡sí lo vi!, en medio de la neblina, desde lo alto de la montaña apareció un anciano de cabello y barba larga y grisácea.

Él caminaba, parecía sin rumbo, me miró y sonrió, luego me acarició y me dijo que él siempre ha estado, que ha permanecido en el tiempo, con o sin cabellera de hielo. Los humanos no entienden el lenguaje de los animales, pero él sí. Yo le pregunté atónita:

—¿Por qué puedes entenderme?

Él respondió con una caricia: —Soy el padre de todas las vicuñas, de las ovejas y las vacas, soy un padre animal y montaña a la vez, soy el *Apu* (*entidad animica encarnado en el Chimborazo*). Siempre cuido





a los animales, para mí, el tiempo con glaciador o sin glaciador sigue siendo el mismo. —Cuando se despidió, me abrazó, y en ese abrazo me entregó la vida de las alturas, yo lo sentí, me regaló un don: el don de caminar más allá de los límites de la manada, el don de caminar más allá de la montaña, desde entonces persigo a los perros, a los humanos y a los pájaros-plásticos.

Antes de irse el *Apu*, el Taita Chimborazo, me dijo que sí es verdad lo que cuentan las vicuñas y los lobos: fueron los humanos quienes cambiaron toda la montaña; que, en medio de todos los cambios, la vida debe seguir prevaleciendo sobre la muerte. Ahora, yo, como vicuña, quiero ver a los humanos viviendo más como las vicuñas: juntas, tranquilas y libres.

Galápagos 2222: la tortuga y el mar

Gabriel Redín Puebla

Cientos de caparazones cubrían una pequeña llanura, rodeada de un bosque de arbustos verdes y miconias rojizas. Eran galápagos, las tortugas gigantes de este archipiélago. Era esa época del año, en que comenzaba un calor que anunciaba lluvia, la que reunía temprano a tantos caparazones achatados, quietos o en movimientos toscos, entre los charcos de lodo que los refrescaban. De pie y con mirada fija, Alejandro enumeraba una vez a las más de trescientas tortugas que pastoreaba. Era la cuarta vez que perdía la cuenta, divagando en los rumores que rondaban en el pueblo sobre lo que acababa de pasar.

Raquel, otra pastora de tortugas, trajo la noticia desde el mar; paró las manos en los cafetales y levantó a varios de



sus hamacas. Corría el año 2222 y los humanos que habitaban cuatro islas de este archipiélago preferían vivir en las fértiles zonas de altura donde abundaba el agua fresca, y la tierra negra y roja tenía un olor maderoso y húmedo. En Cristóbal, la isla más oriental del archipiélago, se pastoreaban galápagos. En las otras islas, lobos marinos y pinzones. Otros pocos practicaban otro tipo de pastoreo: eran los *frailes*, unos sacerdotes locales.

Alejandro pastoreaba tortugas desde hace seis años. Consistía en cuidar y acompañar el movimiento de los galápagos entre las estaciones secas y lluviosas de cada año. El ejercicio de acompañar a las tortugas era considerado una forma de meditación y religación con el origen de estas familias que, se contaba, venían de las tortugas. Los de Cristóbal, en efecto, eran conocidos por su mirada severa, su hablar pausado y, en general, por su serenidad, que ellos consideraban su mayor virtud.

Raquel comenzó a pastorear al mismo tiempo que Alejandro, pero abandonó el proceso de convertirse en fraile, aunque no la meditación. Ese día ni la calma del pueblo ni la meditación de los pastores era posible. Alejandro, con sus piernas largas, saltaba entre charcos y pensamientos fugaces, queriendo llegar al pueblo. El aroma de café recién tostado y un murmullo acompasado le indicaban que había llegado a Villa Calamidad, el pueblo donde se concentraba la mayoría de las familias de Cristóbal. En todos los patios frente a las casas, entre la intriga y la risa, lo estaban hablando: «Y si es cierto, ¿sucederá algo grande? ¿Será que los abuelos hablaban en serio? ¿No se habrá confundido Raquel con una tortuga marina?».





Hace pocos días, en una noche que de otra manera hubiera sido indistinta, Raquel contó en un bar que un galápagos se había metido al mar. Rápidamente, la noticia se difundió por toda la isla. Desde niños, todos sabían la vieja historia de la tortuga gigante que hace cientos de años se había sumergido en el mar, desbordando e inundando todas las costas. Para muchos era una leyenda de los abuelos que, si bien respetaban como sagrada, no la pensaban como algo que verdaderamente pudiera ocurrir. Lo que les parecía inverosímil era que un gigante de tierra, como un galápagos de más de trescientos kilos, con un gran caparazón y patas gordas, nadara en el mar.

Y también estaba la cuestión de quién lo había contado. Raquel decía haber abandonado la formación para fraile, pero todos sabían que había sido expulsada. Raquel, de cabello negro, ondulado y caótico, nunca había hecho suya la disposición, por todos aceptada, de callar ante los viejos y pausar cualquier impulso. Muchos le reconocían cierta profundidad misteriosa, pero era consenso general castigar su torpeza irreverente, excluyéndola. Expulsada o no del único espacio al que podría pertenecer, no le importó continuar por su cuenta, pastoreando tortugas, acompañándolas incluso hacia las costas; lo cual, en estricto sentido, solo lo podían realizar los frailes de mayor prestigio.

Desde la subida del mar, que había iniciado hace unos doscientos años, los mayores advertían en contra de la experiencia de mirar prolongadamente al mar, pues señalaban que era una fuente de angustia y una provocación al océano. Raquel, en cambio, apenas pudo acercarse al mar y observar a los galápagos, comenzó a decir que el estar





de ellos se encontraba en la contemplación del vaivén del mar. Desde entonces, tenía el raro hábito de regresar su mirada al mar mientras hablaba. Por excentricidades como esas, Raquel no era bien recibida en los pueblos, pero era bien sabido que se escabullía por las noches para visitar a sus amigos y contar historias misteriosas sobre el mar.

Alejandro y Raquel eran amigos desde niños. En un cerro, a escondidas, inventaban cuentos sobre lo que podía haber más allá del mar. Alejandro creció y se alejó cuidadosamente de esas fantasías peligrosas, pero Raquel volcó su vida a esa curiosidad y no quiso desligarse nunca más del mar. Esa postura contrariaba a Alejandro, de disposición recta, convencido de su vocación de fraile y de las advertencias de los abuelos. Aun así, mientras pastoreaba, más de una vez lo sorprendió el silencio mirando el mar que rodeaba a las otras islas en el horizonte, como si algo ahí le hablara, como si aún no estuviera del todo convencido sobre dejar la inquietud de qué había más allá.

—Tengo que bajar a la playa —soltó Alejandro, suave, pensando en voz alta, al final de esa tarde de pastoreo—. Pero tengo que ir con Julio.

Ya entrado en edad, lampiño y bronceado por el sol ecuatorial, Julio era el fraile mentor de Alejandro y, originalmente, de Raquel también. A pesar de ser un fraile mayor, se rumoreaba que Julio se mantenía en contacto con Raquel y que coincidía, en secreto, con varias de sus posiciones. Ciertamente, Julio iba muchas veces a





contracorriente, pero tenía la conveniente semejanza de mostrarse siempre risueño, logrando que apenas alguien se lo reprochara.

—Hoy, en la clase de contemplación de galápagos, los niños me han vuelto a pedir que les cuente la historia de la Hermana Tortuga —contó Julio mientras ajustaba su cordón franciscano en su cintura y señalaba con la cabeza al café de la mesa—. Ha sido como contarla por primera vez.

Si bien de carácter estoico, esa noche la mirada profunda de Julio transmitía consternación. La Hermana Tortuga, como se la conocía en la leyenda, marcaba el punto de quiebre en la historia de todas las familias de Cristóbal y, de hecho, de todo el archipiélago. Hace unas diez generaciones atrás, cuando se contaba que apenas había unas pocas tortugas, una de ellas había bajado a una playa y, poco a poco, se habría sumergido en el mar.

—Fue en ese punto —dijo Julio mirando hacia el oeste, intuyendo la posición del océano en medio de la densa oscuridad de la noche— que el mar comenzó a subir, a subir y, con ello, la gente se comenzó a ir de las islas y no volvió más —terminó con un tono nostálgico de algo que había imaginado mil veces.

Alejandro, sentado frente a una vela y con los dedos de sus manos cruzados en la taza de café, habló con cierto aire infantil:

—Dicen que la Hermana Tortuga era tan gigante como una casa, que todo el mar comenzó a subir.





—Se lo ha contado de tantas formas... Lo que me contó mi abuelo —repuso Julio, esbozando una sonrisa ligera— es que en realidad fue todo lento, bastante lento. No hubo una gran ola, como dicen algunos. Fue más bien imperceptible —se detuvo el viejo fraile con una sentencia de autoridad—. El mar comenzó a subir de a poco, centímetro a centímetro, día a día. Y, de pronto, el viejo malecón de la ciudad dejó de ser caminable para siempre. Ya era mar.

El silencio que provocó lo interrumpió él mismo de inmediato: —Y entonces, Alejo, ¿bajas conmigo a ver la tortuga en el mar o qué? —propuso Julio con una mirada pícara de saber lo que Alejandro había venido a buscar desde el principio.

La garúa de la noche hizo más fácil que salieran del pueblo sin ser percibidos. Luego de atravesar un pequeño bosque de *scalias*, desde donde se podía oír al inmenso océano chocando con la isla, Julio se paró y precisó la ruta que tomarían: —Nos detendremos en Cristóbal Viejo y luego continuaremos a Playa Baquerizo, donde se encuentra Raquel.

A ello, complementó Alejandro, con tono bromista: —Y la tortuga, la tortuga—. Ambos rieron como dos niños traviosos.

A paso tranquilo, ya cerca del amanecer, un viejo sendero de color rojizo los llevó a los escombros de la ciudad abandonada, Cristóbal Viejo, entre el mar y la costa. Decenas de columnas oxidadas parecían abrirse paso hacia un hundimiento trágico en el océano.





Alejandro y Julio recorrieron el camino que aún se mantenía entre los perfiles de antiguas habitaciones envueltas en matazarnos, rocas negras y pequeños arbustos secos.

Cristóbal Viejo era un lugar santo al que se peregrinaba una vez al año desde Villa Calamidad y otros caseríos de la parte alta. Uno de los puntos de llegada de la peregrinación era La Concha, una explanada a las orillas del mar, que con frecuencia se llenaba y vaciaba de agua, formando muchas veces una poza tranquila. Allí se había dado la última asamblea en la que los pobladores decidieron finalmente abandonar Cristóbal Viejo.

—Yo les creo a los abuelos, ¿sabes? Aquí mismo fue: los que no quisieron ir a la parte alta de la isla tomaron el último barco al continente y no volvieron más. Los pocos que quedaron, nuestros ancestros, fueron para arriba. Yo creo —dijo Julio apoyándose en un fierro oxidado— que fue tan triste para algunos esa última despedida, que por ello la gente comenzó a tener cierto recelo de volver a la costa. Debió ser doloroso, ¿te imaginas? Dejar para siempre a muchos familiares y amigos. Y también lo fue dejar atrás este lugar. Arriba, los pocos galápagos que había nos dieron un consuelo santo.

Alejandro y Julio descansaron en los escombros de La Catedral, otra de las paradas de la peregrinación, a unos pasos de La Concha. Se decía comúnmente que los restos de las docenas de columnas de La Catedral tenían la forma de una gran tortuga, con un caparazón y una cabeza. Allí, se creía, había sido la iglesia original de los frailes. En efecto, cuando la mayoría abandonó las islas, unos pocos





frailes franciscanos se quedaron y acompañaron a quienes decidieron reubicarse en las partes altas. Aislados del resto del mundo por décadas, un nuevo tipo de espiritualidad fue naciendo, uno que encontraba el religarse con lo trascendente en un sentido de hermandad con el resto de criaturas: «las hermanas tortugas, los hermanos murciélagos, la hermana noche, los hermanos cucubes, los hermanos lobos». En esas décadas cada isla fue forjando un vínculo de fraternidad con otras especies, a través de la contemplación y el pastoreo. Una relación diferente había nacido, una de fraternidad entre todos los que habitaban las islas, fueran plantas, animales, astros e incluso cosas.

Los continentales, que llegaban cada tanto a las islas, perdidos o buscando comerciar, los tachaban despectivamente de *totemistas*. Si bien muchas cosas habían cambiado en el continente andino desde la subida del nivel del mar, prevalecía una exótica y anticuada creencia que planteaba una gran división entre aquellos que tendrían espíritu, los humanos, y aquellos que no tendrían ni espíritu ni capacidad de incidir en el mundo, la naturaleza. Los insulares, ante ello, tachaban a los continentales, también de forma despectiva, de *arcaicos*.

Julio y Alejandro, sentados en medio de los escombros de La Catedral, iniciaron unos ejercicios de meditación orientados a sentir la vibración de la materialidad muerta. Sin embargo, Alejandro no aguantó mucho, no pudo controlar el movimiento ansioso de su pie izquierdo y finalmente soltó sin poder contenerse más:





—Pero entonces, ¿existió o no la Hermana Tortuga? ¿Qué pasó realmente? ¿Cómo se pudo destruir todo esto?

Ciertamente, el paisaje deshecho de edificios era desolador, pero era una reacción no esperada para alguien que quería convertirse en fraile. Julio, que conocía a Alejandro y a Raquel desde niños, tenía cierta complicidad en no haber reprimido o disciplinado esos comportamientos. Con calma, respondió:

—Claro que existió la Hermana Tortuga, Alejo. Un galápagó bajó a la costa, se metió al mar y nadó. Pero no se trata de que provocó una *gran ola*. Fue más bien una señal, un efecto distinto para hacernos notar que las cosas cambian, se mueven más de lo que uno piensa. Lo que parece más lento y estático se mueve y puede sorprender. —Hizo una pausa, rompió la postura de meditación, se acomodó sobre unas rocas pulidas por el mar y continuó—: Incluso si pasas cuatro vidas y no ves nunca a una tortuga de tierra meterse al mar, no significa que no pueda suceder. La Hermana Tortuga existió. Yo lo creo. Y ahora, más que nunca, que este otro galápagó ha bajado al mar.

Alejandro, con la confianza consentida por Julio, no detuvo sus preocupaciones ansiosas: —Pero si es así, ¿qué puede pasar ahora? Si la Hermana Tortuga provocó el abandono de Cristóbal Viejo, ¿qué viene ahora?

—No estoy seguro, pero piensa en dónde se encuentra la Hermana Tortuga y el abandono de esta ciudad hundida





—se detuvo el viejo fraile mientras elaboraba aquella relación esparciendo un poco del óxido de los hierros entre sus dedos—. Lo inimaginable puede ocurrir... a su tiempo, a su ritmo, pero contundentemente. Puede ocurrir que la ciudad más grande del planeta sea abandonada. Puede ocurrir que el mar suba su nivel y que baje. Puede ocurrir que la especie más cuidada por nosotros antes haya sido llevada casi a su extinción. Puede ocurrir que un galápagó baje a la costa y nade en el mar.

Con la emoción de una revelación, Alejandro intervino: —Entonces, pudo ser que coincidió el evento extraordinario de la Hermana Tortuga con que la gente recién comenzó a fijarse en algo que podía haber estado pasando desde hace mucho antes: la subida del nivel del mar.

Con una emoción parecida, Julio regresó su mirada hacia Alejandro: —¡Exactamente! Recuerda lo que nos contaban los abuelos: que antes la gente de la ciudad vivía apurada, ocupada, sin parar. Decían que no podían estar solos en una habitación, que no se soportaban, que no podían... *estar*. Algunos dicen que en el continente continúan igual. Recuerda por qué nosotros contemplamos, por qué hacemos todo esto ahora. Porque aprendimos de los galápagos que es necesario detenerse, caminar lento, contemplar. Si algo valoramos ahora es poder estar. Y sabes, tienes mucha razón en lo que dices: quizá mucho antes de la Hermana Tortuga, el mar ya estaba subiendo pero la gente ni se percató. Y quizá el mensaje de la Hermana Tortuga consistió en que cosas extraordinarias pueden pasar o incluso





pueden estar ocurriendo ahora mismo, si miras detenidamente, si solo observas, si sientes.

En silencio, retomaron el camino a Playa Baquerizo, bordeando la costa y un bosque de cactus gigantes. La conversación que había tenido con Julio se sintió como una verdad santa para Alejandro, pero a cada paso que los acercaba a la misteriosa playa, una emoción intranquila lo embargaba. Saber que vería en unos minutos a Raquel le apretaba el corazón y ya no había tiempo para resolver una amargura confusa que sentía desde su expulsión. Su salida significaba haber roto la promesa de convertirse en frailes juntos, pero también significaba la decisión arriesgada de volver realidad aquellos juegos serios que imaginaban de niños sobre el mar. Allí, entre ese aire tan marino, quedaba flotando todo lo que Alejandro no se había atrevido a decirle a Raquel.

Un olor fuerte a lobos marinos anunció una pequeña playa de arena blanca. Allí estaba Raquel, con su característico cabello revuelto, sentada a la sombra de un mangle. Y allí, también en el mar, estaba un galápagos adulto dentro del agua. Igual que en tierra, se lo notaba tranquilo.

Julio saludó cariñosamente a Raquel y, sin decir nada, se alejaron hacia el otro extremo de la playa, se sentaron, y miraron al galápagos.

De pronto, Alejandro y Raquel se encontraban solos por primera vez en varios años. La sonrisa flamante de Raquel





deshizo la tensión de orgullo con que Alejandro se acercó inicialmente a ella.

—Tenías que verlo tú mismo, ¿eh?, hombre de poca fe
—bromeó Raquel.

—¿Así que aquí es donde has venido a habitar?, ¿eh?
—respondió Alejandro con cierta torpeza masculina que, sin embargo, fue neutralizada de vuelta por Raquel.

—Te estaba esperando.

Raquel comenzó a caminar, mostrando a Alejandro parte de la playa como si se tratara de su casa. No se acercaron donde Julio, pues sabían que quería estar solo contemplando al galápago en el mar.

—Pues sí, tenía que verlo, tenía que verlo —Alejandro estremecido e inquieto, como siempre, preguntó—: ¿Y qué hace el galápago?

—Nada —respondió Raquel con una risa nostálgica del viejo y agrio humor entre amigos, pero continuó con mayor seriedad—: Está allí, ha salido a la playa, pero ha vuelto a entrar al mar. Tal vez ha querido refrescarse. —Sin dar apenas tiempo a una reacción, Raquel continuó—: Alejo, ¿quieres caminar a Tijeretas para seguir charlando?

—Pero, ¿y si el galápago sale del mar? —repuso Alejo de inmediato.





—Oye, que no estamos para vigilarlos, sino para acompañarlos. Además, Julio estará aquí y querrá estar solo— contestó con firmeza Raquel.

Desde que Alejandro conoció a Raquel, le molestaban esos giros imprevisibles, ese poder que parecía imponer sobre el destino. Ciertamente, no había pasado mucho desde la llegada a la playa, y Alejandro sabía que lo sensato era hacer lo mismo que Julio. Pero no pudo contra esa aura misteriosa que cargaba Raquel y la siguió.

Tomaron un camino pedregoso hacia la ensenada que llamaban Tijeretas. Era un día despejado. Contrastaba el verde fresco de la costa, que se abría con la garúa de los últimos días, y el azul profundo del océano. En la ensenada se veían pequeñas cabezas de tortugas marinas que salían a respirar. Algunos lobos marinos jóvenes jugaban persiguiéndose. Las fragatas sobrevolaban moviendo sus colas de tijeras. Raquel y Alejandro se sentaron en un borde. Ella con los pies en el mar.

—Ya está empezando a enfriarse el mar —observó Raquel.

—Oye, tú no tienes respeto por nada. No deberías topar el agua del mar —repuso Alejandro, algo incómodo, sintiendo que debía repetir la convención social.

—¿Por qué? ¿Es que acaso no creemos en actuar como los galápagos? Bueno, pues ahora mismo hay uno cerca nadando en el mar.





Alejandro se sonrojó. Era orgulloso, pero sabía en el fondo que quería calmar la tensión, tener una conversación ligera como en la adolescencia y abrazar a Raquel. Además, la textura tambaleante del mar, allí tan cerca, lo atraía profundamente.

—Es que no entiendo por qué vinimos acá y dejamos al galápagos. Lo que ha pasado no es cualquier cosa. ¿Qué sería de la alegría del sol si no estuvieran aquellos para quienes brilla? —decía fray Zaratustra.

—Oh, Zaratustra, sabía que lo tendrías que mencionar —rio alegremente Raquel—. Me gusta esa cita, pero me recuerda a eso que suele decir la gente del continente: que los Andes, sus inmensas montañas, existen solo para ser admirados por ellos, ¿no te parece? Más bien mi abuelita decía que las flores no florecen para complacer a otros, lo hacen para su propia alegría. Igual que a los galápagos, los acompañamos, pero su existencia no se reduce a que nosotros los admiremos.

—No sé si quise decir eso —reaccionó Alejandro alzando sus cejas—, me refería a la importancia de detenernos a observar. Y desde allí responder qué revelación es la que nos trae este galápagos en el mar.

Raquel detuvo su mirada con seriedad: —Creo que si hay una revelación sería la fortuna de que uno sea capaz de compartir la alegría de esa flor que florece o de, ahora, compartir la alegría de un galápagos que conoce y experimenta el mar.





—Pero no estamos compartiendo esa fortuna ahora mismo —dijo Alejandro, levantándose y sintiendo que había ganado la discusión.

Sin embargo, Raquel permaneció sentada con la misma mirada de antes, ensimismada, y continuó:

—Recuerda que antes la gente siempre andaba de un lado al otro sin observar nada, buscaba estar ocupada y no veía nada. Pero ahora tampoco observamos sin movernos. El movimiento nos permite observar mejor. Mira, si la Hermana Tortuga nos enseñó a observar que el mar podía estar elevándose, ¿cómo podría eso derivar en que nos encerremos en las partes altas y le temamos al mar que nos rodea?

Alejandro recordó entonces las divagaciones que solía tener Raquel, allá arriba, hace años, hablando sobre el mar. Y ahora mismo, en esa ensenada de un mar tan calmo, tan cerca, repitió en voz baja:

—El mar que nos rodea —y dando un paso hacia el borde continuó con un tono amistoso—... ¿no temerle al mar? Pero si es inmenso e impredecible. A ver, lo que dices es que si la gente de antes nunca se detenía a contemplar por estar tan aprisa todo el tiempo, nosotros debemos ser cautos en no estancarnos en contemplar sin movernos, ¿cierto?

—Tal cual, como los galápagos —respondió Raquel.





Los dos callaron un tiempo masticando sus pensamientos. Alejandro se sentó con cuidado, estiró sus largas piernas y las introdujo lentamente en el mar. Suspiró.

—Es fría, ¿eh?

—Es maravillosa —contestó risueño Alejandro con una voz consentida—, ahora entiendo por qué el galápagos se ha metido en el mar.

—¡Tal cual! Ahora hazlo con todo tu cuerpo. Vamos, el mar está tranquilo. —De pronto Raquel se levantó, se sacó su vieja túnica franciscana, y se lanzó al mar.

—Raquel, ¿qué haces? —se estremeció Alejandro, pero sintiendo que era algo parecido a un juego—. Tú sabes que no sé nadar. Y tú, ¿cómo aprendiste algo así sin que nadie te enseñe? Se ve raro.

—Me tomó un tiempo, pero viendo a las iguanas, aprendí. Supongo que eso mismo habrá hecho el galápagos. ¿Y la iguana viendo a un lobo marino? —Los dos rieron.

Las horas habían pasado y ahora el sol se ubicaba sobre el ocaso, descendiendo hacia el mar. Lo mismo hizo Alejandro. Con recelo, sujetado de las rocas de la orilla, lentamente introdujo su cuerpo en el mar. Sus pies, sus piernas, su abdomen, sus brazos, su pecho. El frío del agua se transformó en un calor interno que parecía avivarse con los movimientos de sus pies. Respiró hondo, mientras sentía el penetrante sabor salino del mar salpicándole la cara. Los cuerpos de Raquel y Alejandro se rozaron.

—El mar que nos rodea —susurró él, dejándose envolver por aquel inmenso ser.





Lista de colaboradores y colaboradoras

Ivonne Yáñez (Quito, 1962) es bióloga, cofundadora de Acción Ecológica. Trabaja el tema del cambio climático desde hace más de 20 años, y más recientemente en economía verde y transiciones. Es abuela feminista y ecologista. Gusta de la ciencia ficción, sobre todo los viajes en el tiempo. ivonney@accionecologica.org

Nicolás Cuvi (Manta, 1973) investiga en el campo de las humanidades ambientales y ha escrito divulgación científica de la historia de la ciencia y ciencia en ficción. Es profesor investigador en el Departamento de Antropología, Historia y Humanidades de FLACSO Ecuador. ncuvi@flacso.edu.ec

Catherine Olmedo Guerrero (Guayaquil, 1993). Comunicadora social de profesión, con experiencia en el sector educativo desde 2018. Formadora de formadores en Enseña Ecuador, organización perteneciente a la Red Teach for All, cuyo propósito es lograr una sociedad más equitativa a través de la educación. catherineolmedog@gmail.com

Gabriel Redín Puebla (Quito, 1988). Su área de interés ha estado en problemas socioambientales, como el estudio de riesgos, el encuentro de conocimientos ambientales y la gobernanza climática desde el nivel local. Actualmente colabora en un proyecto sobre movilidades climáticas y realiza su doctorado en FLACSO Ecuador. garedinfl@flacso.edu.ec

Isabel Buenaño (Quito, 1990). Arquitecta e investigadora interesada en pensar el habitar desde los cuerpos naturales (multiespecies) y artificiales (arquitecturas) de los territorios de bosque andinos. Actualmente lleva su oficina-laboratorio de diseño en Guayllabamba, al noroeste de Quito. bc.ar2@gmail.com



José Mena García (Quito, 1978) es arquitecto, investigador urbano y escritor. Se identifica con el movimiento Solarpunk y propone una arquitectura sensible, ecológica y transformadora. Su obra explora la dimensión simbólica del viaje interior y la ciudad como reflejo del alma.
jfmenafl@flacso.edu.ec

María Belén Cevallos Enríquez (Tulcán, 1992). Investiga, construye narrativas que vinculan educación, territorio y memoria, e impulsa procesos formativos con enfoque comunitario y pedagógico. Trabaja en el fortalecimiento del liderazgo educativo y el desarrollo profesional docente. Es directora de Programas y editora en jefe de la revista *Simbiosis Educativa* en Fundación Enseña Ecuador.
b81415cevallosmb@gmail.com

Luis Marcillo (Quito, 1989). Ingeniero mecatrónico y dedicado a la docencia por más de cinco años, actualmente trabaja para una ONG dedicado a la evaluación educativa.
luis.marcil@gmail.com



Luisa Carrera Izurieta (Quito, 1982) es arquitecta, diseñadora urbana e investigadora. Su trabajo se centra en el análisis crítico de los procesos coloniales de producción espacial, promoviendo iniciativas emancipatorias y especulando sobre mundos alternativos que trascienden los límites de la modernidad. Realiza su doctorado en la University College London. maría.izurieta.13@ucl.ac.uk

Tania I. González-Rivadeneira (Quito, 1989) investiga las relaciones naturaleza cultura a la luz de las ciencias de la sostenibilidad y la etnobiología. Es investigadora posdoctoral en la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, WasiLab, Centro Interdisciplinario en Ciencia de la Sostenibilidad, y Universidad Montpellier, CNRS, EPHE, IRD. taniaivanovagr@gmail.com

Viviana Yánez Gómez (Quito, 1997). Ingeniera ambiental enfocada en restauración ecológica, gobernanza comunitaria y conservación de la biodiversidad. Ha trabajado en proyectos de reforestación, educación ambiental y fortalecimiento territorial en zonas rurales y periurbanas de Ecuador. Coordina el proyecto 18.000 árboles, 18.000 pumbeños con Fundación por Puenbo. vivisol1512@gmail.com



Colapsos civilizatorios, regeneraciones, tecnologías de vanguardia, saberes ancestrales, épicos viajes, reflexiones espirituales, son algunos elementos de las historias de ficción climática que componen este libro.

Alumnas y alumnos de la “Escuela Occupy Climate Change! Ecuador” escribieron estos diez cuentos que nos invitan a soñar “el Ecuador que podría ser” y el potencial de las humanidades ambientales para interpretar y enfrentar las crisis contemporáneas. La voluntad de los y las protagonistas de las historias, con su imaginación, creatividad e iniciativa, abren posibilidades para construir futuros de paz entre los humanos y con la naturaleza.

